



Manuel Tamayo y Baus

Un drama nuevo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel Tamayo y Baus

Un drama nuevo

Inglaterra, 1605

Drama en tres actos

Al señor d. Victorino Tamayo y Baus, por quien el público de Madrid es amigo de Yorick.

Joaquín Estébanez

PERSONAJES

**YORICK
ALICIA
EDMUNDO
WALTON
SHAKESPEARE
EL AUTOR
EL TRASPUNTE
EL APUNTADOS**

Acto primero

Habitación en casa de Yorick; a la derecha, una mesa pequeña; a la izquierda, un
escaño;
puertas laterales y otra en el foro

ESCENA PRIMERA

YORICK Y SHAKESPEARE

(Entran ambos por la puerta del foro; SHAKESPEARE trae un manuscrito en la mano.)

SHAKESPEARE. -Y, sepamos, ¿a qué es traerme ahora a tu casa?

YORICK. -¿Duélete quizá de entrar en ella?

SHAKESPEARE. -Pregunta excusada, que bien sabes que no.

YORICK. -Pues ¿qué prisa tienes?

SHAKESPEARE. -Aguárdanme en casa muchos altísimos personajes, que por el solo gusto de verme vienen desde el otro a este mundo.

YORICK. -Sabré yo desenojar a tus huéspedes con unas cuantas botellas de vino de España, que hoy mismo he de enviarles. Diz que este vinillo resucita a los muertos, y sería de ver que los monarcas de Inglaterra, congregados en tu aposento, resucitasen a la par y armaran contienda sobre cuál había de volver a sentarse en el trono. Pero ¿qué más resucitados que ya lo han sido por tu pluma?

SHAKESPEARE. -En fin, ¿qué me quieres?

YORICK. -¿Qué he de querer sino ufanarme con la dicha de ver en mi casa y en mis brazos al poeta insigne, al gran Shakespeare, orgullo y pasmo de Inglaterra?
(Echándole los brazos al cuello.)

SHAKESPEARE. -Con Dios se quede el nunca bien alabado cómico, el festivo Yorick, gloria y regocijo de la escena; que no es bien malgastar el tiempo en mimos y lagoterías.

YORICK. -¡Si no te has de ir!

SHAKESPEARE. -Entonces -¿qué remedio?- me quedaré.

YORICK. -Siéntate.

SHAKESPEARE. -Hecho está; mira si mandas otra cosa. (Siéntase cerca de la mesa y deja en ella el manuscrito.)

YORICK. -Francamente, ¿qué te ha parecido ese drama que acabamos de oír? (Siéntase al otro lado de la mesa y, mientras habla, hojea el manuscrito.)

SHAKESPEARE. -A fe que me ha contentado mucho.

YORICK. -¿Y es la primera obra de ese mozo?

SHAKESPEARE. -La primera es.

YORICK. -Téngola yo también por cosa excelente, aunque algunos defectillos le noto.

SHAKESPEARE. -Los envidiosos contarán los defectos; miremos nosotros únicamente las bellezas.

YORICK. -A ti sí que nunca te escoció la envidia en el pecho. Cierto que cuando nada se tiene que envidiar...

SHAKESPEARE. -Temoso estás hoy con tus alabanzas; y en eso que dices te equivocas. Nunca faltará qué envidiar al que sea envidioso. Pone la envidia delante de los ojos antiparras maravillosas, con las cuales a un tiempo lo ve uno todo feo y pequeño en sí, y en los demás, todo grande y hermoso. Así, advertirás que los míseros que llevan tales antiparras no sólo envidian a quien vale más, sino también a quien vale menos, y juntamente los bienes y los males. No hallando cierto envidioso nada que envidiar en un vecino suyo muy desastrado, fue y ¿qué hizo?: envidiarle lo único que el infeliz tenía para llamar la atención, y era una gran joroba que le abrumaba las espaldas.

YORICK. -Algo debería yo saber en materia de envidias, que buen plantío de ellas es un teatro. ¿Viste jamás cuadrilla de mayores bribones que una de comediantes?

SHAKESPEARE. -Mejorando lo presente, has de añadir.

YORICK. -Entren todos y salga el que pueda. ¡Qué murmurar unos de otros! ¡Qué ambicionar éstos y aquéllos antes el ajeno daño que la propia satisfacción! ¡Qué juzgarse cada cual único y solo en el imperio de la escena!

SHAKESPEARE. -Engendra ruindades la emulación; mas por ellas vence el hombre imposibles. Déjala revolcarse en el fango, que alguna vez se levantará hasta las nubes.

YORICK. -Dígame que hiciste muy bien en deponer el cetro de actor, quedándote nada más con el de poeta.

SHAKESPEARE. -Hemos de convenir, sin embargo, en que la regla que has establecido no deja de tener excepciones.

YORICK. -Tiénelas, a no dudar; y mi mujer y Edmundo lo prueban. Bendito Dios, que me ha concedido la ventura de ver recompensadas en vida mis buenas acciones. Porque fui generoso y caritativo logré en Alicia una esposa angelical, y en Edmundo, un amigo -¿qué amigo?-, un hijo, lleno de nobles cualidades. ¡Y qué talento el de uno y otra! ¡Cómo representan los dos el Romeo y Julieta! Divinos son estos dos héroes, a que dio ser tu fantasía, más divinos aún cuando Alicia y Edmundo les prestan humana forma y alma verdadera! ¡Qué ademanes, qué miradas, qué modo de expresar el amor! Vamos, aquello es la misma verdad.

SHAKESPEARE. -(Desdichado Yorick.) ¿Puedo ya retirarme?

YORICK. -Pero si antes quisiera yo decir una cosa al director de mi teatro, al laureado vate, al...

SHAKESPEARE. -Por San Jorge que ya tantos arrumacos me empalagan y que anduve torpe en no adivinar que algo quieres pedirme y tratas de pagarme por adelantado el favor.

YORICK. -Cierto es que un favor deseo pedirte.

SHAKESPEARE. -Di cuál.

YORICK. -Eso quiero yo hacer; pero no sé cómo.

SHAKESPEARE. -¡Eh! Habla sin rodeos.

YORICK. -Manifiéstame con toda lisura tu opinión acerca de mi mérito de comediante.

SHAKESPEARE. -¡Pues a fe que la ignoras! No hay para tristes y aburridos medicina tan eficaz como tu presencia en las tablas.

YORICK. -¿Y crees que sirvo únicamente para hacer reír?

SHAKESPEARE. -Creo que basta con eso para tu gloria.

YORICK. -¿Cuándo se representará este drama?

SHAKESPEARE. -Sin tardanza ninguna.

YORICK. -¿Y a quién piensas dar el papel de Conde Octavio?

SHAKESPEARE. -Gran papel es y trágico por excelencia. A Walton se le dará, que en este género sobresale.

YORICK. -¡Pues ya me lo sabía yo! Un papel bueno, ¿para quién había de ser sino para Walton? ¡Qué dicha tienen los bribones!

SHAKESPEARE. -Piérdese el fruto, si cuando empieza a sazonar una escarcha le hiela; piérdese el corazón, si cuando está abriéndose a la vida le hiela el desengaño. Walton fue muy desdichado en su juventud; merece disculpa. Adiós, por tercera y última vez. (Levantándose.)

YORICK. -Si aún no he dicho... (Levantándose también.)

SHAKESPEARE. -Pues di y acaba.

YORICK. -¡Allá voy! Quisiera... Pero luego no has de burlarte ni...

SHAKESPEARE. -Por Dios vivo, que hables, y más no me apures la paciencia.

YORICK. -Quisiera...

SHAKESPEARE. -¿Qué? Dilo, o desaparezco por tramoya.

YORICK. -Quisiera hacer ese papel.

SHAKESPEARE. -¿Qué papel?

YORICK. -El del drama nuevo.

SHAKESPEARE. -Pero ¿cuál?

YORICK. -¿Cuál sino el Conde Octavio?

SHAKESPEARE. -¿El de marido?

YORICK. -Ése.

SHAKESPEARE. -¿Tú?

YORICK. -Yo.

SHAKESPEARE. -¡Jesús! Ponte en cura, Yorick, que estás enfermo de peligro.

YORICK. -No de otro modo discurren los necios. Necio yo si conociendo sólo tus obras

trágicas, te hubiese tenido por incapaz de hacer comedias amenas y festivas. Porque hasta hoy no interpreté más que burlas y fiestas, ¿se me ha de condenar a no salir jamás del camino trillado?

SHAKESPEARE. -Y ¿a qué dejarle por la cumbre desconocida? Quisiste hasta hoy hacer reír, y rióse el público. ¡Ay si un día te propones hacerle llorar, y el público da también en reírse!

YORICK. -¡Ingrato! Negar tan sencillo favor a quien fue siempre tu amigo más leal; ¡a quien siempre te quiso como a las niñas de sus ojos! Pues corriente; haga otro el papel de Conde; pero ni ya somos amigos, ni el año que viene estaré en la compañía de tu teatro. Y conmigo me llevaré a mi Alicia..., y a Edmundo igualmente. Veremos cuál de ambos pierde más... (Muy conmovido.)

SHAKESPEARE. -¡Qué enhilamiento de palabras!

YORICK. -No; no creas que ahora encajaría bien aquello de «Palabras, palabras, palabras», que dice Hamlet.

SHAKESPEARE. -¡Esto de que en el mundo no ha de estar nadie contento con su suerte!

YORICK. -Sí, que es divertido el oficio de divertir a los demás.

SHAKESPEARE. -¿Hablas formalmente? ¿Capaz serías de abandonarme?

YORICK. -¡Abandonarte! ¿Eso he dicho y tú no lo crees? (Llorando.) Vaya, hombre, vaya, del mal el menos. No faltaba más sino que, desconfiando de mi talento, desconfiases también de mi corazón. No, no te abandonaré. Yorick podrá no saber fingir que siente, pero saber sentir... Tú le ofendes..., le humillas..., y él..., míralo..., te alarga los brazos,

SHAKESPEARE. -¡Vive Cristo! ¿Lloras?

YORICK. -Lloro porque el infierno se empeña en que yo no cumpla mi gusto; porque no es sólo Walton quien me tiene por grosero bufón, capaz únicamente de hacer prorrumpir a los necios en estúpidas carcajadas; porque veo que también tú... Y eso es lo que más me duele. Que tú... ¡Válgame Dios, qué desgracia la mía!

SHAKESPEARE. -¡Eh, llévete el diablo! ¿El papel de marido quieres? Pues tuyo es, y mal provecho te haga.

YORICK. -¿De veras? ¿Lo dices de veras? (Dejando de pronto de llorar, y con mucha alegría.)

SHAKESPEARE. -Sí; sacia ese maldito empeño de que mil veces procure en vano disuadirte. (Andando por el escenario. YORICK le sigue.)

YORICK. -¿Y si represento a maravilla el papel?

SHAKESPEARE. -¿Y si la noche del estreno a silbidos te matan?

YORICK. -A un gustazo, un trancazo.

SHAKESPEARE. -¡Y qué bueno le merecías!

YORICK. -Caramba, que en metiéndose algo entre ceja y ceja...

SHAKESPEARE. -No, que tú no eres porfiado

YORICK. -Hombre, me alegraría de hacerlo bien, no más que por darte en la cabeza.

SHAKESPEARE. -Yo por excusar el darte en la tuya.

YORICK. -Anda a paseo.

SHAKESPEARE. -No apetezco otra cosa. (Tomando el sombrero y dirigiéndose hacia el foro.)

YORICK. -Es que me has de repasar el papel. (Con tono de cómica amenaza, deteniéndole.)

SHAKESPEARE. -Pues, ¿quién lo duda? (Con soflama.)

YORICK. -Con empeño, con mucho empeño.

SHAKESPEARE. -¡Vaya! ¡Pues no que no!

YORICK. -La verdad, Guillermo: si en este papel logro que me aplaudan... (Con formalidad.)

SHAKESPEARE. -¿Qué?

YORICK. -Que será muy grande mi gozo.

SHAKESPEARE. -La verdad, Yorick, no más grande que el mío. (Con sinceridad y ternura, dando la mano a YORICK. Éste se la estrecha conmovido y luego le abraza.
SHAKESPEARE se va por el foro.)

ESCENA II

YORICK

YORICK. -«Es tan fácil hacer reír», me decían Walton y otros camaradas anoche. Verán muy pronto que también sé yo hacer llorar, si hay para ello ocasión; lo verán y rabiarán, cuando, como antes alegría, infundiendo ahora lástima y terror en el público, logre sus vítores y aplausos. (Toma de encima de la mesa el manuscrito.) Hay, sin embargo, que andarse con tiento, porque el dichoso papel de Conde Octavio es difícilillo, y al más leve tropiezo pudiera uno caer y estrellarse.

Tiemble la esposa infiel; tiemble...

(Leyendo en el manuscrito.) Aquí entra lo bueno. Un señor Rodolfo o Pandolfo... Landolfo, Landolfo se llama. (Encontrando este nombre en el manuscrito.) Pícaro

redomado, entrega al Conde una carta, por la cual se cerciora éste de que Manfredo, con quien hace veces de padre, es el amante de su mujer, la encantadora Beatriz. Recelaba él de todo bicho viviente, excepto de este caballerito; y cuando al fin cae de su burro, quédase el pobre -claro está- con tanta boca abierta, y como si el mundo se le viniese encima.

Tiemble la esposa infiel; tiemble la ingrata
que el honor y la dicha me arrebatara.

Fue vana tu cautela;
y aquí la prenda de tu culpa mira.
(Abre la carta.)

La sangre se me hiela.

(Sin atreverse a mirar la carta.)

¡Arda de nuevo en ira!

¡Ay del vil por quien ciega me envileces!

¡Oh! ¡Qué miro! ¡Jesús, Jesús mil veces!

Fija la vista en la carta, da un grito horrible y cae en un sitial, como herido del rayo. (Desde «Tiemble la esposa infiel» hasta aquí, leyendo en el manuscrito: las acotaciones con distinta entonación que los versos.) Ea, vámonos a ver qué tal me sale este grito. (Toma una actitud afectadamente trágica, dobla el manuscrito como para que haga veces de carta, y declama torpemente con ridícula entonación.)

¡Ay del vil por quien ciega me envileces!...

¡Oh! ¡Qué miro!...

(Dando un grito muy desentonado.) No... Lo que es ahora, no lo hago muy bien. ¡Oh!
(Dando un grito peor que antes.) Mal, muy mal; así grita uno cuando le dan un pisotón. ¡Oh! (Gritando otra vez.) Éste no es grito de persona, sino graznido de pajaraco. ¡Bah! Luego con el calor de la situación... A ver aquí...

¿Conque eres tú el villano?...

(Muy flojo.)

¿Conque eres tú el villano?...

(Muy fuerte.)

¿Conque eres tú el villano?...

Villano yo, insensato yo, que a mi edad me empeño en ir contra naturales inclinaciones y costumbres envejecidas. Y quizá no sea mía toda la culpa... Alguna tendrá acaso el autor... Suelen escribir los poetas unos desatinos...

¿Conque eres tú el villano?...

¿Cómo diablos se ha de decir esto bien? Pues si el anuncio de Guillermo se cumple, si me dan una silba... No lo quiero pensar. Me moriría de coraje y vergüenza. Allá veremos lo que pasa. ¡Fuera miedo! ¡Adelante! (Pausa durante la cual lee en voz baja en el manuscrito, haciendo gestos y contorsiones.) Ahora sí que me voy gustando. Lo que es en voz baja, suena muy bien todo lo que digo. ¡Si he de salirme con la mía!... ¡Si lo he de hacer a pedir de boca!... ¡Ah! ¿Eres tú? Ven acá, Edmundo, ven. (A EDMUNDO, que aparece en la puerta del foro.) ¿No sabes?

ESCENA III

YORICK y EDMUNDO

EDMUNDO. -¿Qué? (Como asustado.)

YORICK. -Que en esta obra que estas viendo, tengo un excelente papel.

(¡Tiemble la ingrata!)

EDMUNDO. -Con el alma lo celebro, señor.

YORICK. -Tiempo ha que, en vez de padre, me llamas señor, y en vano ha sido reprendértelo.

(¡Tiemble la esposa infiel!...)

¿He dado impensadamente motivo para que tan dulce nombre me niegues?

EDMUNDO. -Yo soy el indigno de pronunciarle.

YORICK. -¿A qué viene ahora eso? ¡Ay, Edmundo; me vas perdiendo el cariño!

EDMUNDO. -¿Qué os induce a creerlo?

YORICK. -Fueras menos reservado conmigo si cual antes me amaras.

EDMUNDO. -Y ¿en qué soy yo reservado con vos?

YORICK. -En no decirme la causa de tu tristeza.

EDMUNDO. -¿Yo triste?

YORICK. -Triste y lleno de inquietud. ¿Qué va a que estás enamorado?

EDMUNDO. -¿Enamorado? ¡Yo!... ¿Suponéis?

YORICK. -No parece sino que te he imputado un crimen. (Sonriendo.) ¡Ah! (Con repentina seriedad.) Crimen puede ser el amor. ¿Amas a una mujer casada? (Asiéndole de una mano.)

EDMUNDO. -¡Oh! (Inmutándose.)

YORICK. -Te has puesto pálido... Tu mano tiembla...

EDMUNDO. -Sí... con efecto... Y es que me estáis mirando de un modo...

YORICK. -Enfermilla debe de andar nuestra conciencia, cuando una mirada nos asusta. Piénsalo bien: no causa a un hombre tanto daño quien le roba la hacienda, como quien le roba el honor; quien le hiere en el cuerpo, como quien le hiere en el alma. Edmundo, no hagas eso... ¡Ay hijo mío, no lo hagas, por Dios!

EDMUNDO. -Vuestro recelo no tiene fundamento ninguno. Os lo afirmo.

YORICK. -Te creo: no puedes tú engañarme. En esta comedia, sin ir más lejos, se pintan los grandes infortunios a que da origen la falta de una esposa; y mira: ni aun siendo de mentirijillas me divierte que Alicia tenga que hacer de esposa culpada, y

tú, de aleve seductor.

EDMUNDO. -¿Sí? (Procurando disimular.)

YORICK. -¡Yo seré el esposo ultrajado! (Con énfasis cómico.)

EDMUNDO. -¡Vos! (Dejándose llevar de su emoción.)

YORICK. -Yo, sí... ¿Qué te sorprende? ¿Eres también tú de los que me juzgan incapaz de representar papeles serios?

EDMUNDO. -No, señor, no, sino que...

YORICK. -Cierto que habré de pelear con no pequeñas dificultades. Y ahora que en ello caigo: ningún otro papel menos que el del marido celoso me cuadraría, porque a estas fechas no sé yo todavía qué especie de animalitos son los celos. Obligado a trabajar continuamente desde la infancia, y enamorado después de la gloria, no más que en ella tuvo señora mi albedrío, hasta que, por caso peregrino y feliz, cuando blanqueaba ya mi cabeza, mostró que aún era joven mi pecho, rindiendo a la mujer culto de abrasadoras llamas. Y Alicia, bien lo sabes tú, ni me ha causado celos hasta ahora, ni me los ha de causar en toda la vida. No es posible desconfiar de tan hidalga criatura. ¿Verdad que no?

EDMUNDO. -No, señor; no es posible...

YORICK. -Fríamente lo has dicho. Oye, Edmundo. Hago mal en callarte lo que ha tiempo he notado.

EDMUNDO. -¿Algo habéis notado? ¿Qué ha sido?

YORICK. -Que Alicia no te debe el menor afecto; que tal vez la miras con aversión.

EDMUNDO. -¿Eso habéis notado?... ¡Qué idea!... (Muy turbado.)

YORICK. -Y el motivo no se oculta a mis ojos. Reinabas solo en mi corazón antes de

que Alicia fuera mi esposa, y te enoja hallarte ahora en él acompañado. ¡Egoísta! Prométeme hacer hoy mismo las paces con ella. Y de aquí en adelante, Alicia a secas la has de llamar. Y aún sería mejor que la llamases madre; y, si madre no, porque su edad no lo consiente, llámala hermana, que hermanos debéis ser, teniendo los dos un mismo padre. (Abrazándole.)

EDMUNDO. -(¡Qué Suplicio!)

YORICK. -¿Lloras? Ea, ea, no llores...; no llores, si no quieres que también yo... (Limpiándose las lágrimas con las manos.) Y ¿sabes lo que pienso? Que si los celos de hijo son tan vivos en ti, los de amante deben ser cosa muy terrible. Diz que no hay pasión más poderosa que esta de los celos; que por entero domina el alma; que hace olvidarlo todo.

EDMUNDO. -¡Todo! Sí, señor, ¡todo!

YORICK. -¿Conque tú has estado celoso de una mujer? ¡Qué gusto! Así podrás estudiarme el papel de marido celoso; explicándome cómo en el pecho nace y se desarrolla ese afecto desconocido para mí; qué linaje de tormentos ocasiona, por qué signos exteriores se deja ver; todo aquello, en fin, que le corresponde y atañe. Empieza ahora por leerme esta escena. (Dándole el manuscrito abierto.) Desde aquí. (Señalando un lugar en el manuscrito.) Anda.

EDMUNDO. -¿Conque eres tú el villano?...

YORICK. -Eso te lo digo yo a ti. (EDMUNDO se inmuta y sigue leyendo torpe y desmayadamente.)

EDMUNDO. -Tú el pérfido y aleve...

YORICK. -Chico, chico, mira que no se puede hacer peor. ¡Más brío! ¡Más vehemencia!

EDMUNDO. -Tú el seductor infame que se atreve...

YORICK. -¡Alma, alma!

EDMUNDO. -¿A desgarrar el pecho de un anciano?

YORICK. -No estás hoy para ello. Dame. (Quitándole el manuscrito.) Escucha:

¿Conque eres tú el villano,
tú el pérfido y aleve,
tú el seductor infame...?

ESCENA IV

DICHOS y WALTON

WALTON. -¿Quién rabia por aquí? (Desde la puerta del foro.)

YORICK. -¡Walton! (Cerrando el manuscrito.)

WALTON. -¿Reñías con Edmundo?

YORICK. -No reñía con nadie.

WALTON. -Al llegar me pareció oír...

YORICK. -(De fijo lo sabe ya, y viene buscando quimera.)

WALTON. -Jurara que no me recibes con mucho agrado.

YORICK. -Porque adivino tus intenciones.

WALTON. -Adivinar es.

YORICK. -Ahorremos palabras: ¿qué te trae por acá?

WALTON. -Si lo sabes, ¿a qué quieres que te lo diga? Pero ¿qué hacéis de pie, señor Walton? (Dirigiéndose a sí mismo la palabra.) Aquí tenéis silla. (Tomando una silla y colocándola en el centro del escenario.) Gracias. (Sentándose.)

YORICK. -Mira, mira, lo que es a mí no te vengas con pullitas, porque si me llego a enfadar...

WALTON. -¡Oh, entonces!... ¡Vaya!... ¡Pues ya lo creo! Si tiene un genio como un tigre... ¿Verdad, Edmundo?

EDMUNDO. -¿Eh?...

YORICK. -¿Te burlas de mí?

EDMUNDO. -¿Burlarse él de vos?

WALTON. -Justo es que defiendas a tu amigo Yorick, a tu protector, a tu segundo padre... ¡Oh, este muchacho es una alhaja! (Dirigiéndose a YORICK.) ¡Y cuánto me gustan a mí las personas agradecidas!

EDMUNDO. -¡Walton! (Sin poderse contener y con aire amenazador.)

WALTON. -¿Las alabanzas te incomodan?

EDMUNDO. -(¿Cuál es su intención?)

WALTON. -Vamos, se conoce que hoy todos han pisado aquí mala yerba. Adiós. (Levantándose.) Tú te lo pierdes.

YORICK. -Que yo me pierdo... ¿qué?

WALTON. -Nada. Venía en busca de un amigo, hallo un tonto, y me voy.

YORICK. -¿Tonto me llamas?

WALTON. -No se me ha ocurrido cosa mejor.

YORICK. -¿Has visto a Shakespeare?

WALTON. -No, sino al autor del drama nuevo.

YORICK. -¿Y qué?

WALTON. -Shakespeare, al salir de aquí, se encontró casualmente con él, y le dijo que en su obra era menester que hicieses tú el papel de marido.

YORICK. -Ya vamos entendiéndonos.

WALTON. -El autor se quedó como el que ve visiones.

YORICK. -No es él mala visión.

WALTON. -Y muy amostazado, se vino a mi casa para instarme a que reclamara un papel que en su concepto me correspondía...

YORICK. -Y tú..., pues... tú...

WALTON. -Yo... (Como haciéndose violencia a sí mismo.) Quiero que sepas la verdad. Yo al pronto me llené de ira; luego vi que no tenía razón y dije al poeta... Pero ¿a qué me canso en referirte? (Da algunos pasos hacia el foro.)

YORICK. -No... Oye... Ven. (Le coge de una mano y le trae al proscenio.) ¿Qué le dijiste?

WALTON. -Le dije que tú eras mi amigo; que un actor de tu mérito y experiencia podía ejecutar bien cualquiera clase de papeles, con sólo que en ello se empeñara; que yo haría el de confidente, que es, como odioso, muy difícil; que te auxiliaría con mis consejos si tú querías aceptarlos... Adiós... (Como despidiéndose y echando a andar)

hacia el foro.)

YORICK. -Pero ven acá, hombre, ven acá. (Deteniéndole y trayéndole al proscenio como antes.) ¿Eso dijiste?

WALTON. -Y cuando vengo, satisfecho de mí mismo, a darte la noticia, se me recibe con gesto de vinagre y palabras de hiel... Por fuerza había de pagarte en la misma moneda. La culpa tiene... (Dirigiéndose de nuevo hacia el foro.)

YORICK. -No, si no te has de ir. (Deteniéndole y trayéndole al proscenio otra vez.) ¡Es tan raro eso que me cuentas!

WALTON. -Y ¿por qué es raro, vamos a ver?

YORICK. -Parecía lo más natural que te disgustase perder la ocasión de alcanzar un nuevo triunfo, y que en cambio yo...

WALTON. -El templo de la gloria es tan grande, que no se ha llenado todavía ni se llenará jamás.

YORICK. -Como tienes ese pícaro genio...

WALTON. -Se me cree díscolo porque no sé mentir ni disimular.

YORICK. -¿Pero ello es que no te enojas porque yo haga de conde Octavio en ese drama?

WALTON. -He dicho ya que no.

YORICK. -¿Y que tú harás de confidente?

WALTON. -Ya he dicho que sí.

YORICK. -¿Y que me estudiarás el papel?

WALTON. -Me ofendes con tus dudas.

YORICK. -Edmundo, ¿oyes esto?

WALTON. -A ver si alguna vez logro ser apreciado justamente.

YORICK. -Mira: la verdad es que a mí me has parecido siempre un bellaco.

WALTON. -Así se juzga a los hombres en el mundo.

YORICK. -Confesar la culpa, ya es principio de enmienda; y si tú ahora quisieses darnos unos cuantos pescozones...

WALTON. -Debiera dártelos a fe.

YORICK. -Pues anda, no vaciles. En caridad te ruego que me des uno tan siquiera.

WALTON. -¡Ea, quita allá!

YORICK. -Dame entonces la mano.

WALTON. -Eso sí. (Estrechándose ambos las manos.)

YORICK. -Y yo que hubiera jurado... Si el que piensa mal, merecía no equivocarse nunca. ¿Tienes ahora algo que hacer?

WALTON. -Ni algo ni nada.

YORICK. -¡Me alegraría tanto el oírte leer el papel antes de empezar a estudiarle!

WALTON. -Pues si quieres, por mí...

YORICK. -¿Que si quiero? ¿No he de querer? No quiero otra cosa. ¡Vaya, que me dejas atónito con bondad y nobleza tan desmedidas! ¿Quién había de imaginarse que tú?

WALTON. -¿Vuelta a las andadas?(Con ira.)

YORICK. -No, no... Al contrario. Quería decir... Conque, vámonos a mi cuarto... Allí nos encerramos y... Francamente: el papel de marido ultrajado me parece algo dificultoso...

WALTON. -Te engañas. El papel de marido ultrajado se hace sin ninguna dificultad. ¿A que Edmundo opina de igual manera?

EDMUNDO. -¿Yo...? (¿Qué dice este hombre?)

YORICK. -Con tus lecciones todo me será fácil. Y di, ¿me enseñarás alguna de esas inflexiones de voz de que sacas tanto partido?

WALTON. -Seguramente.

YORICK. -¿Y alguna de esas transiciones repentinas, en que siempre te haces aplaudir?

WALTON. -Pregunta excusada.

YORICK. -¿Y aquel modo de fingir el llanto, con que arrancas lágrimas al público?

WALTON. -Sí, hombre, sí; todo lo que quieras.

YORICK. -¿Y crees que al fin conseguiré?...

WALTON. -Conseguirás un triunfo.

YORICK. -¿De veras? (Restregándose las manos de gusto.)

WALTON. -Ni tú mismo sabes de lo que eres capaz.

YORICK. -Pero, hombre... (Con júbilo que apenas le consiente hablar.)

WALTON. -¡Oh, me precio de conocer bien a los actores!

YORICK. -Digo si conocerás bien... Me pondría a saltar de mejor gana que lo digo. Vamos adentro, vamos... (Dirigiéndose con WALTON hacia la derecha. Luego corre al lado de EDMUNDO. WALTON se queda esperándole cerca de la puerta de la derecha.) Pero, Edmundo, ¿es posible que viéndome tan alegre a mí, no quieras tú alegrarte? Alégrate, por Dios. Quiero que esté alegre todo el mundo.

¿Conque eres tú el villano?...

WALTON. -Anda, y no perdamos tiempo.

YORICK. -Sí, sí, no perdamos... (Corriendo hacia donde está WALTON.) Lo que pierdo hoy de seguro es la cabeza. ¡Ah!, oye. (Volviendo rápidamente al lado de EDMUNDO y hablando en voz baja.) Aunque éste me repase el papel, no renuncio a que tú... ¿Eh? (Va hasta el comedio del escenario y allí se detiene.) ¡Con dos maestros así!... (Consigo mismo, señalando a EDMUNDO Y WALTON.) Y con Guillermo, por añadidura... Y que yo no soy ningún necio...

¡Tiemble la esposa infiel, tiemble la ingrata!...

¡No hay más, lo haré divinamente! (Saltando de alegría.) ¿No lo dije? Ya salté de gozo como un chiquillo.

WALTON. -Pero ¿no vienes?

YORICK. -Sí, sí, vamos allá. (Vanse YORICK y WALTON por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

EDMUNDO y, a poco, ALICIA

EDMUNDO. -¿Qué pensar? ¿Conoce Walton mi secreto? ¡Dios no lo quiera! ¿Hablaba sin malicia o con intención depravada? ¡Siempre recelar! ¡Siempre temer! ¡Ay, qué asustadiza es la culpa! ¡Ay, qué existencia la del culpado! (Siéntase cerca de la mesa, en la cual apoya los brazos, dejando caer sobre ellos la cabeza. ALICIA sale por la puerta de la izquierda, y al verle en aquella actitud, se estremece y corre hacia él sobresaltada.)

ALICIA. -¿Qué es eso, Edmundo? ¿Qué te pasa? ¿Qué hay?

EDMUNDO. -¡Tú también, desdichada, temblando siempre como yo!

ALICIA. -¿Y qué he de hacer sino temblar? Con la conciencia no se lucha sin miedo.

EDMUNDO. -¿Y hemos de vivir siempre así? Dime, por favor, ¿esto es vida?

ALICIA. -¿A mí me lo preguntas? Cabe en lo posible contar los momentos de un día; no los dolores y zozobras que yo durante un día padezco. Si alguien me mira, digo: ése lo sabe. Si alguien se acerca a mi marido, digo: ése va a contárselo. En todo semblante se me figura descubrir gesto amenazador; amenazadora retumba en mi pecho la palabra más inocente. Me da miedo la luz; temo que haga ver mi conciencia. La oscuridad me espanta: mi conciencia en medio de las tinieblas aparece más tenebrosa. A veces juraría sentir en el rostro la señal de mi delito; quiero tocarla con la mano, y apenas logro que desaparezca la tenaz ilusión mirándome a un espejo. Agótanse ya todas mis fuerzas; no quiere ya seguir penando mi corazón, y la hora bendecida del que necesita descanso llega para mí como nuevos horrores. ¡Ay, que si duermo, quizá sueñe con él; quizá se escape de mis labios su nombre, quizá diga a veces que le amo! Y si al fin duermo, a pesar mío, entonces soy más desdichada, porque los vagos temores de la vigilia toman durante el sueño cuerpo de realidad espantosa. Y otra vez es de día; y a la amargura de ayer, que parecía insuperable, excede siempre la de hoy; a la amargura de hoy que raya en lo infinito, excede siempre la de mañana. ¿Llorar? ¡Ay, cuánto he llorado! ¿Suspirar? ¡Ay, cuánto he suspirado! Ya no tengo lágrimas ni suspiros que me consuelen. ¿Vienes? ¡Qué susto, qué desear que te vayas! ¿Te vas? ¡Qué angustia, qué desear que vuelvas! Y vuelves, y cuando como ahora hablo a solas contigo, me parece que mis palabras suenan tanto que pueden oírse en todas partes; el vuelo de un insecto me deja sin gota de sangre en las venas; creo que dondequiera hay oídos que escuchan, ojos que miran, y yo no sé hacia dónde volver los míos... (mirando con terror hacia una y otra parte) y... ¡Oh! (Dando un grito.)

EDMUNDO. -¿Qué? ¡Habla! (Con sobresalto y ansiedad, mirando en la misma dirección que
ALICIA.)

ALICIA. -Nada: mi sombra, mi sombra que me ha parecido testigo acusador. ¿Y tú me preguntas si esto es vida? ¡Qué ha de ser vida, Edmundo! No es vida, no lo es: es una muerte que no se acaba.

EDMUNDO. -Serénate, Alicia, y considera que, a serlo más, te creerías menos culpada. Parece siempre horrenda la culpa si aún brilla a su lado la virtud.

ALICIA. -No me hables de virtud. Sólo con amarte, huella todos los deberes: ofendo al cielo y a la tierra. Sálvame; salva, como fuerte, a una débil mujer.

EDMUNDO. -¡Oh, sí; preciso es que ambos nos salvemos! Pero ¿cómo salvarnos? ¡Ver a mi
Alicia idolatrada y no hablar con ella; hablar con ella y no decirle que la quiero; dejar de quererla, habiéndola querido una vez!... ¡Qué desatino! ¡Qué locura! Yo, sin embargo, todos los días me entretengo en formar muy buenos propósitos, con intención de no cumplirlos: así da uno que reír al demonio. Propóngome lo que todo el mundo en ocasiones parecidas: convertir en amistad el amor. El amor, trabajando por hacerse más pequeño, se hace más grande. No se convierte el amor en amistad; si acaso, en odio tan vivo y tan profundo como él. La idea de quererte menos me indigna, me enfurece. Amarte con delirio o aborrecerte con frenesí: no hay otro remedio. A ver, dime: ¿cómo lograría yo aborrecerte?

ALICIA. -Los días enteros se me pasan a mí también discurriendo medios de vencer al tirano de mi albedrío. Si Edmundo se enamorase de otra mujer, me digo a mí misma, todo estaba arreglado: y con sólo figurarme que te veo al lado de otra mujer, tiemblo de cólera, y comparado con este dolor, no hay dolor que a mis ojos no tome aspecto de alegría. Póngome a pedir a Dios que me olvides, y noto de pronto que estoy pidiéndole que me quieras. No más pelear inútilmente. Conozco mi ingratitud para con el mejor de los hombres: te amo. Conozco mi vileza: te amo. Sálvame, te decía. Mi salvación está en no amarte. No me puedes salvar.

EDMUNDO. -¡Alicia, Alicia de mi alma!

ALICIA. -¡Edmundo! (Van a abrazarse y se detienen, oyendo ruido en el foro.) ¡Oh,

quita!

ESCENA VI

DICHOS y SHAKESPEARE. Después, YORICK y WALTON

SHAKESPEARE. -¡Loado sea Dios, que os encuentro solos! Buscándoos venía.

EDMUNDO. -¿A quién..., a mí? (Con recelo.)

SHAKESPEARE. -A ti y a ella.

ALICIA. -¿A los dos?

SHAKESPEARE. -A los dos.

EDMUNDO. -(¡Cielos!)

ALICIA. -(¡Dios mío!)

SHAKESPEARE. -¿Puedo hablar sin temor de que nadie nos oiga?

EDMUNDO. -¿Tan secreto es lo que nos tenéis que revelar?

SHAKESPEARE. -Ni yo mismo quisiera oírlo.

ALICIA. -(No sé qué me sucede.)

EDMUNDO. -Hablad, pero ved lo que decís.

SHAKESPEARE. -Mira tú lo que dices. (Clavando en él una mirada.)

EDMUNDO. -Es que no debo tolerar...

SHAKESPEARE. -Calla y escucha. (Imperiosamente.)

EDMUNDO. -¡Oh! (Baja la cabeza dominado por el tono y ademán de SHAKESPEARE.)

SHAKESPEARE. -Tiempo ha que debí dar voluntariamente un paso que doy ahora arrastrado de la necesidad. Fui cobarde. ¡Malditos miramientos humanos que hacen cobarde al hombre de bien! Ya no vacilo: ya en nada reparo; Edmundo, tú amas a esa mujer.

EDMUNDO. -¿Yo?

SHAKESPEARE. -Alicia, tú amas a ese hombre.

ALICIA. -¡Ah! (Con sobresalto y dolor.)

EDMUNDO. -¿Con qué derecho os atrevéis?...

SHAKESPEARE. -Con el derecho que me da el ser amigo del esposo de Alicia y del padre de Edmundo.

EDMUNDO. -Pero si no es cierto lo que decís; si os han engañado.

ALICIA. -Os han engañado, no lo dudéis.

SHAKESPEARE. -La hipocresía y la culpa son hermanas gemelas. Ven acá. (Asiendo una mano a ALICIA y trayéndola cerca de sí.) Ven acá. (Asiendo de una mano a EDMUNDO y poniéndole delante de ALICIA.) Levanta la cabeza, Edmundo. Levántala tú. (Levantando con una mano la cabeza de EDMUNDO y con la otra la de ALICIA.) Miraos cara a cara con el sosiego del inocente. Miraos. ¡Oh! Pálidos estabais; ¿por qué os ponéis tan encendidos? Antes, el color del remordimiento, ahora el color de la vergüenza.

ALICIA. -¡Compasión!

EDMUNDO. -¡Basta ya! (Con profundo dolor.)

ALICIA. -Habéis hablado tan de improviso...

EDMUNDO. -La acusación ha caído como un rayo sobre nosotros.

ALICIA. -Hemos tenido miedo.

EDMUNDO. -Os diré la verdad.

ALICIA. -Es cierto: me ama, le amo.

EDMUNDO. -Sois noble y generoso.

ALICIA. -Tendréis lástima de dos infelices.

EDMUNDO. -No querréis aumentar nuestra desventura.

ALICIA. -Al contrario: nos protegeréis, nos defenderéis contra nosotros mismos.

SHAKESPEARE. -Vamos, hijos míos, serenidad.

ALICIA. -¡Hijos nos llama! ¿Lo has oído?

EDMUNDO. -¡Oh, besaremos vuestras plantas!

ALICIA. -Sí. (Yendo a arrodillarse.)

SHAKESPEARE. -No; en mis brazos estaréis mejor. (Abriendo los brazos.)

EDMUNDO. -¡Guillermo! (Deteniéndose con rubor.)

ALICIA. -¿Es posible? (Con alegría.)

SHAKESPEARE. -¡Venid!

EDMUNDO. -¡Salvadnos! (Arrojándose en sus brazos.)

ALICIA. -¡Salvadnos, por piedad! (Arrojándose también en los brazos de SHAKESPEARE.)

SHAKESPEARE. -Sí; yo os salvaré con la ayuda de Dios. (Pausa, durante la cual se oyen los sollozos de EDMUNDO y ALICIA.)

ALICIA. -Pero ¿qué miro? ¿Estáis llorando?

SHAKESPEARE. -Viendo lágrimas, ¿qué ha de hacer uno sino llorar?

ALICIA. -Edmundo, es un protector que el cielo nos envía. ¡Y le queríamos engañar, queríamos rechazarle! ¡Cuál ciega la desdicha! Tener un amigo que nos consuele, que tome para sí parte de nuestras aflicciones: ser amparados del hombre que mejor puede curar los males del alma, porque es el que los conoce mejor... ¡Oh, gozo inesperado! ¿Quién me hubiera dicho momentos ha que tan cerca de mí estaba la alegría? Ya respiro. ¡Ay, Edmundo, esto es ya vivir!

SHAKESPEARE. -No hay tiempo que perder. Hablad. Quiero saberlo todo.

EDMUNDO. -Vino ha dos años Alicia a la compañía de vuestro teatro. Entonces la conocí. ¡Nunca la hubiera conocido!

ALICIA. -¡Nunca jamás le hubiera conocido yo!

EDMUNDO. -La vi de lejos; me arrastró hacia ella fuerza misteriosa. Llegué a su lado; miré, no vi; hablé, no se oyó lo que dije. Temblé; ¡la amaba!

ALICIA. -¡Yo le amaba también!

EDMUNDO. -Quiere el amor, aun siendo legítimo, vivir oculto en el fondo del corazón. Pasaron días. Resolví al fin declararme. ¡Imposible!

ALICIA. -Yorick me había manifestado ya su cariño.

EDMUNDO. -Era mi rival el hombre a quien todo se lo debía.

ALICIA. -Cayó mi madre muy enferma; carecíamos de recursos; Yorick apareció a nuestros ojos como enviado de la Misericordia Infinita.

EDMUNDO. -¿Podía yo impedir que mi bienhechor hiciese bien a los demás?

ALICIA. -Alicia, me dijo un día mi madre: vas a quedarte abandonada; cástate con Yorick; ¡te quiere tanto y es tan bueno!...

EDMUNDO. -Yorick me había recogido desnudo y hambriento de en medio de la calle, para darme abrigo y amor y dicha y un lugar en el mundo.

ALICIA. -Por Yorick gozaba mi madre en los últimos días de su existencia todo linaje de consuelos.

EDMUNDO. -Destruir la felicidad de ese hombre, hubiera sido en mí singular villanía.

ALICIA. -Mi madre rogaba moribunda.

EDMUNDO. -Lo que se hace rindiendo culto a la gratitud, eso es lo que yo hice.

ALICIA. -Lo que se responde a una madre que suplica moribunda, eso es lo que yo respondí.

EDMUNDO. -Y juré que había de olvidarla.

ALICIA. -Y según iba empeñándome en quererle menos, le iba queriendo más.

EDMUNDO. -Era vana la resistencia.

ALICIA. -Pero decía yo: Edmundo es hijo de Yorick.

EDMUNDO. -Yorick es mi padre, decía yo.

ALICIA. -En casándome con Yorick, se acabó el amor que ese hombre me inspira.

EDMUNDO. -Se acabó el amor que siento por esa mujer, al punto mismo en que Yorick se enlace con ella.

ALICIA. -¿Amar al hijo de mi esposo? ¡Qué horror! No cabe en lo posible.

EDMUNDO. -¿Amar a la esposa de mi padre? ¡Qué locura! No puede ser.

ALICIA. -¡Y con qué afán aguardaba yo la hora de mi enlace!

EDMUNDO. -Siglos se me hacían los minutos que esa hora tardaba en llegar.

ALICIA. -¡Y llegó por fin esa hora!

EDMUNDO. -¡Por fin se casó!

ALICIA. -Y al perder su última esperanza el amor, en vez de huir de nuestro pecho...

EDMUNDO. -Alzóse en él, rugiendo como fiera osada.

ALICIA. -Callamos, callamos, sin embargo.

EDMUNDO. -A pesar de los ruegos y lágrimas de Yorick, me negué a seguir viviendo en su casa.

ALICIA. -Pero tuvo que venir aquí con frecuencia.

EDMUNDO. -Él lo exigía.

ALICIA. -Nos veíamos diariamente; callamos.

EDMUNDO. -Pasábamos solos una hora y otra hora; callamos.

ALICIA. -Un día, al fin, representando Romeo y Julieta...

EDMUNDO. -Animados por la llama de la hermosa ficción...

ALICIA. -Unida a la llama de la ficción, la llama abrasadora de la verdad.

EDMUNDO. -Cuando tantas miradas estaban fijadas en nosotros...

ALICIA. -Cuando tantos oídos estaban pendientes de nuestra voz...

EDMUNDO. -Entonces mi boca -miento-, mi corazón, le preguntó quedo, muy quedo:
«¿Me
quieres?»

ALICIA. -Y mi boca -miento-, mi corazón quedo, muy quedo, respondió: «Sí.»

EDMUNDO. -He aquí nuestra culpa.

ALICIA. -Nuestro castigo, a toda hora recelar y temer.

EDMUNDO. -¡Implacables remordimientos!

ALICIA. -¿Consuelo? Ninguno.

EDMUNDO. -¿Remedio? Uno solamente.

ALICIA. -Morir.

EDMUNDO. -Y nada falta que deciros.

ALICIA. -Lo juramos.

EDMUNDO. -¡Por la vida de Yorick!

ALICIA. -¡Por su vida!

EDMUNDO. -Eso es lo que sucede.

ALICIA. -Eso es.

SHAKESPEARE. -¡Mísera humanidad! Vuélvese en ti manantial de crímenes la noble empresa acometida sin esfuerzo bastante para llevarla a cabo. ¡Mísera humanidad! Retrocedes ante el obstáculo pequeño; saltas por encima del grande. Os amáis: es preciso que no os améis.

EDMUNDO. -Quien tal dice, no sabe que el alma esclavizada por el amor, no se libra de su tirano.

SHAKESPEARE. -Quien tal dice sabe que el alma es libre, como hija de Dios.

ALICIA. -Explicádmelo, por piedad; ¿qué hará cuando quiera no amar el que ama?

SHAKESPEARE. -Querer.

EDMUNDO. -Querer no basta.

SHAKESPEARE. -Basta, si el querer no es fingido.

ALICIA. -¿Quién lo asegura?

SHAKESPEARE. -Testigo irrecusable.

EDMUNDO. -¿Qué testigo?

SHAKESPEARE. -Vuestra conciencia. Si de la culpa no fuerais responsables, ¿a qué temores, a qué lágrimas, a qué remordimientos? Huirás de Alicia para siempre.

EDMUNDO. -Mil veces se me ha ocurrido ya tal idea. No exijáis imposibles.

SHAKESPEARE. -En la pendiente del crimen hay que retroceder o avanzar; retrocederás, mal que te pese.

EDMUNDO. -¿Haréis que me vaya por fuerza?

SHAKESPEARE. -Si no queda otro remedio, por fuerza se ha de hacer el bien.

ALICIA. -Edmundo os obedecerá. Teniendo ya quien nos proteja, veréis cómo en nosotros renacen el valor y la fe.

EDMUNDO. -¡Oh, sí; con vuestra ayuda no habrá hazaña que nos parezca imposible! Soldados somos del deber.

ALICIA. -Vos, nuestro capitán.

EDMUNDO. -Conducidnos a la victoria.

SHAKESPEARE. -Si esta buena obra pudiera yo hacer, reíríame de Otelio y de Macbeth, y de todas esas tonterías. (Con íntimo júbilo.) Confío en la promesa de un hombre. (Estrechándole a EDMUNDO la mano.) Y en la promesa de una mujer. (Estrechándole la mano a ALICIA.)

EDMUNDO. -¡Sí!

ALICIA. -

SHAKESPEARE. -Pues mientras llega el día de que Edmundo nos deje, nunca estéis solos; nunca delante de los demás os dirijáis ni una mirada. Esto pide el deber; esto reclama la necesidad. Me figuraba ser el único poseedor del secreto. ¡Necio de mí! Nunca pudo estar oculto el amor.

ALICIA. -¿Qué decís?

EDMUNDO. -Explicaos.

SHAKESPEARE. -Conoce también ese horrible secreto persona de quien fundadamente puede temerse una vileza.

EDMUNDO. -¿Qué persona?

SHAKESPEARE. -Con motivo del reparto de papeles de un drama nuevo, está Walton enfurecido contra Yorick.

EDMUNDO. -¡Walton! (Con terror.)

SHAKESPEARE. -Lo sé por el autor de la obra, que de casa de Walton fue hace poco a la mía y me refirió la plática que ambos acababan de tener. Walton ha dicho estas o parecidas frases, que el autor repetía sin entenderlas: «Cuadra a Yorick divinamente el papel de marido ultrajado, y no se le debe disputar.»

ALICIA. -¡Dios de mi vida!

SHAKESPEARE. -«Si por descuido o ceguera no advirtiese las excelencias de papel tan gallardo, yo le abriré los ojos.»

ALICIA. -¡Oh, no hay duda, ese hombre es un malvado, nos perderá!

EDMUNDO. -Sí, Alicia, estamos perdidos, perdidos sin remedio. (Con mucha ansiedad.)

SHAKESPEARE. -Todavía no. Corro al punto en su busca, y, en viéndole yo, nada habrá que temer. (Dirigiéndose hacia el foro.)

EDMUNDO. -¡Alicia! ¡Alicia! (Yéndose hacia ella y asiéndole las manos.)

ALICIA. -¿Qué tienes? ¿Por qué te acongojas de ese modo?

SHAKESPEARE. (Desde el foro.) -Valor, Edmundo. Volveré en seguida a tranquilizaros.

EDMUNDO. -¡No os vayáis, por Dios!

SHAKESPEARE. (Dando algunos pasos hacia el proscenio.) -¿Que no me vaya? ¿por qué?

EDMUNDO. -No está ahora Walton en su casa.

SHAKESPEARE. (Viniendo al lado de EDMUNDO.) -¿Cómo lo sabes?

EDMUNDO. -Yo soy quien os dice: ¡valor! (A SHAKESPEARE.) ¡Valor desdichada! (A ALICIA.)

ALICIA. -Sácame de esta horrible ansiedad.

SHAKESPEARE. -¿Dónde está ese hombre?

EDMUNDO. -Aquí.

SHAKESPEARE. -¡Cielos!

ALICIA. -¿Con él?

EDMUNDO. -¡Con él!

SHAKESPEARE. -¿Tú le has visto, sin duda?

EDMUNDO. -Delante de mí empezó ya a descubrir el objeto de su venida.

ALICIA. -¡Oh! ¿Qué hago yo ahora, Dios mío, qué hago yo?

EDMUNDO. -Tierra enemiga, ¿por qué no te abres a mis plantas?

SHAKESPEARE. -¡Qué fatalidad!

ALICIA. -¡No me abandonéis; defendedme, amparadme!

EDMUNDO. -¡Por piedad, un medio, una esperanza!

SHAKESPEARE. -Si nos aturdimos... Calma..., sosiego... (Como recapacitando. YORICK aparece en la puerta de la derecha, seguido de WALTON, a quien da la comedia que trae en la mano y hace con semblante alegre señas para que se calle, poniéndose un dedo en la boca. Después se acerca rápidamente de puntillas a su mujer.)

EDMUNDO. -¿Qué resolvéis? (Con mucha ansiedad a SHAKESPEARE.)

ALICIA. -¡Decid!

YORICK. -Tiemble la esposa infiel, tiemble... (Asiendo por un brazo a su mujer con

actitud afectadamente trágica, y declamando con exagerado énfasis.)

ALICIA. -¡Jesús! (Estremeciéndose con espanto.) ¡Perdón! (Cayendo al suelo sin sentido.)

YORICK. -¿Eh?

EDMUNDO. -¡Infame! (Queriendo lanzarse contra WALTON.)

SHAKESPEARE. -¡Insensato! (En voz baja a EDMUNDO, deteniéndole.)

YORICK. -¿Perdón? (Confuso y aturdido.)

WALTON.- ¡Casualidad como ella! (Irónicamente.)

YORICK. -¡Perdón!... (Queriendo explicarse lo que sucede. SHAKESPEARE va a socorrer a ALICIA.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Un drama nuevo
Manuel Tamayo y Baus

Copyright (c) Universidad de Alicante, Banco Santander Central Hispano 1999-2000

Un drama nuevo
Manuel Tamayo y Baus

Acto segundo

La misma decoración del primero

ESCENA PRIMERA

WALTON

WALTON. -Esperaré a que vuelva. (Hablando desde el foro con alguien que se supone estar dentro. Deja el sombrero en una silla y se adelanta hacia el proscenio.) Pasa conmigo en el ensayo más de tres horas, y poco después va a mi casa a buscarme. ¿Qué me querrá? Y ¿hago yo bien en buscarle a él? Como el ser amado atrae el ser aborrecido. Esta noche se estrenará la comedia nueva, esta noche representará Yorick el papel que debió ser mío, y que villanamente me roba. ¿Lo hará bien? Dejárselo hacer; animarle a intentar cosas muy difíciles, donde no pudiera evitar la caída; representar yo a su lado un papel inferior, me pareció medio eficaz de lograr a un tiempo castigo el más adecuado para él, para mí la más satisfactoria venganza. Hoy temo haberme equivocado. Singular es que todo el mundo crea que ha de hacerlo mal, excepto yo. Fuera de que el vulgo aplaude por costumbre... Yorick es su ídolo... Hasta la circunstancia de verle cambiar repentinamente el zueco por el coturno, le servirá de recomendación... Ni mis enemigos desperdiciarán esta coyuntura que se les ofrece para darme en los ojos. Y ¡qué fervorosa es la alabanza dirigida a quien no la merece! ¡Qué dulce es alabar a uno con el solo fin de humillar a otro! Pues bueno fuera que viniese hoy Yorick con sus manos lavadas a quitarme de las sienes el lauro regado con sudor y lágrimas de tantos años de combate; mi única esperanza de consuelo desde que recibió mi pecho la herida que no ha de cicatrizarse jamás. ¡Oh gloria! ¡Oh deidad, cuanto adorada aborrecible! Pies de plomo tienes para acercarte a quien te llama; alas, para la huida. Padece uno, si te espera; mas, si por fin te goza, si luego te pierde, mil veces más. ¿Qué mucho que el anhelo de conservarte ahogue la voz del honor y de la virtud? No bien supe que Yorick trataba de ofenderme, debí yo herirle con la noticia de su oprobio. La venganza más segura y más pronta, ésa es la mejor. Alcance mi rival un triunfo en las tablas, destruyendo mi gloria, y vengarme de él será ya imposible. Di palabra de guardar el secreto, la di, ¿qué remedio sino cumplirla? ¡Ejerce Shakespeare sobre mí tan rara influencia!... ¡Me causa un pavor tan invencible!... Y no cabe duda ninguna: Yorick tiene celos. Quiere ocultarlos en el fondo del corazón; pero los celos siempre se asoman a la cara. Hizo en parte la casualidad lo que yo hubiera debido hacer, y aunque Shakespeare agotó su ingenio para ofuscarle... Clavada en el alma la sospecha, no hay sino correr en pos de la verdad hasta poner sobre ella la mano. Y ¿quién sabe si de los celos verdaderos del hombre estará recibiendo inspiraciones el actor para expresar los celos fingidos? Esto faltaba solamente: que hasta los males de mi enemigo se vuelvan contra mí. ¡Ah!, ¿eres tú? (Cambiando de tono al ver entrar a YORICK por la puerta del foro.) A Dios gracias. Ya me cansaba de esperarte.

ESCENA II

WALTON y YORICK

YORICK. -¿Tú aquí?

WALTON. -Sé que has estado en casa después del ensayo, y vengo a ver en qué puedo servirte. (YORICK le mira en silencio.) Di, pues, ¿querías algo?

YORICK. -Quería solamente... (Turbándose.) Ya te diré.

WALTON. -(¿Qué será?...)

YORICK. -He andado mucho y estoy rendido de fatiga. (Sentándose.)

WALTON. -Descansa enhorabuena.

YORICK. -Me prometía hallar alivio con el aire del campo, mas salió vana mi esperanza.

WALTON. -¿Qué? ¿Te sientes malo? (Con gozo que no puede reprimir.)

YORICK. -Siento un malestar, una desazón...

WALTON. -A ver, a ver... (Tocándole la frente y las manos.) Estás ardiendo. Sí, creo que tienes calentura.

YORICK. -Posible es.

WALTON. -¿Por qué no envías un recado a Guillermo?

YORICK. -¿A Guillermo? (Con enfado y levantándose de pronto.) ¿Para qué?

WALTON. -Quizá no puedas trabajar esta noche: tal vez haya que suspender la función... (Con afectada solicitud.)

YORICK. -No es mi mal para tanto.

WALTON. -Dejémosnos de niñerías; yo mismo iré en busca de Guillermo, y... (Dando algunos pasos hacia el foro.)

YORICK. -Te digo que no quiero ver a Guillermo. Te digo que he de trabajar.

WALTON. -¡Como esperas alcanzar un triunfo esta noche!... (Con ironía, volviendo a su lado.)

YORICK. -Un triunfo... sí, un triunfo... (Como si estuviera pensando en otra cosa.)
Walton... (Sin atreverse a continuar.)

WALTON. -¿Qué? (Con desabrimiento.)

YORICK. -Walton...

WALTON. -Así me llamo.

YORICK. -No te burles de mí. (Desconcertado.)

WALTON. -Lelo pareces, a fe mía.

YORICK. -Has de saber que tengo un defecto de que nunca puedo corregirme.

WALTON. -¿Uno solo? Dichoso tú.

YORICK. -Me domina la curiosidad.

WALTON. -Adán y Eva fueron los padres del género humano

YORICK. -Verás. Hablabais esta mañana Guillermo y tú en un rincón muy oscuro del escenario y, acercándome yo casualmente a vosotros, oí que decías...

WALTON. -¿Qué?

YORICK. (Se turba.) -Oí que decías: «Yo no he faltado a mi promesa: Yorick nada sabe por mí.»

WALTON. -¿Conque oíste?...

YORICK. -Lo que acabo de repetir nada más.

WALTON. -¿Y qué?

YORICK. -Que como soy tan curioso, anheló averiguar qué es lo que Guillermo te ha exigido que no reveles.

WALTON. -Pues con efecto, eres muy curioso.

YORICK. -Advirtiéndotelo empecé.

WALTON. -Tienes, además, otra flaqueza.

YORICK. -¿Cuál?

WALTON. -La de soñar despierto.

YORICK. -¿De qué lo infieres?

WALTON. -De que supones haberme oído pronunciar palabras que no han salido de mis labios.

YORICK. -¿Que no?

WALTON. -Que no.

YORICK. -Brujería parece.

WALTON. -Y, si no mandas algo más... (Yendo a coger el sombrero.)

YORICK. -(No saldré de mi duda.) Walton.

WALTON. -¿Me llamas? (Dando algunos pasos hacia Yorick con el sombrero en la mano.)

YORICK. -Sí; para darte la enhorabuena.

WALTON. -¿Por qué?

YORICK. -Porque mientes muy mal.

WALTON. -Ni bien ni mal: no miento.

YORICK. -¡Mientes! (Con repentina cólera.)

WALTON. -¡Yorick!

YORICK. -¡Mientes!

WALTON. -Pero ¿has perdido la razón?

YORICK. -Cuando digo que mientes, claro está que no la he perdido.

WALTON. -Daré yo prueba de cordura, volviéndote la espalda.

YORICK. -No te irás sin decirme lo que has ofrecido callar. (En tono de amenaza.)

WALTON. -Pues si he ofrecido callarlo, ¿cómo quieres que te lo diga? (Sin poder contenerse.)

YORICK. -¡Ah! ¿Conque no soñé? ¿Conque real y positivamente oí las palabras que negabas antes haber pronunciado?

WALTON. -Déjame en paz. Adiós.

YORICK. -Walton, habla, por piedad.

WALTON. -Yorick, por piedad, no hablaré.

YORICK. -Luego ¿es una desgracia lo que se me oculta?

WALTON. -¡Si pudieses adivinar cuán temeraria es tu porfía, y cuán heroica mi resistencia!

YORICK. -Por quien soy, que has de hablar.

WALTON. -Por quien soy, que merecías que hablase.

YORICK. -Di.

WALTON. -¡Ah! (Resuelto a decir lo que se le pregunta.) No. (Cambiando de resolución.)

YORICK. -¿No?

WALTON. -No. (Con frialdad.)

YORICK. -Media hora te doy para que lo pienses.

WALTON. -¿Me amenazas?

YORICK. -Creo que sí.

WALTON. -¡Oiga!

YORICK. -Dentro de media hora te buscaré para saber tu última resolución.

WALTON. -¿Y si no me encuentras?

YORICK. -Diré que tienes miedo.

WALTON. -¿De quién? ¿De ti?

YORICK. -De mí.

WALTON. -Aquí estaré dentro de media hora.

YORICK. -¿Vendrás?

WALTON. -Tenlo por seguro.

YORICK. -¿A revelarme al fin lo que ahora me callas?

WALTON. -No; sino a ver qué haces cuando nuevamente me niegue a satisfacer tu curiosidad.

YORICK. -Malo es jugar con fuego; peor mil veces jugar con la desesperación de un hombre.

WALTON. -¿Desesperado estás?

YORICK. -Déjame.

WALTON. -Sin tardanza. ¿Somos amigos todavía?

YORICK. -No... Sí...

WALTON. -¿Sí o no?

YORICK. -No.

WALTON. -Excuso entonces darte la mano.

YORICK. -Lo seremos toda la vida, si cambias de propósito.

WALTON. -Hasta dentro de media hora, Yorick.

YORICK. -Walton, hasta dentro de media hora.

WALTON. -Dios te guarde, Edmundo. (Saludando a EDMUNDO, que sale por la puerta del foro.)

EDMUNDO. -Y a ti. (Con sequedad.)

WALTON. -(Empeñándose él en saberlo, me será más fácil callar.) (Vase por el foro.)

ESCENA III

YORICK y EDMUNDO

(Yorick anda de un lado a otro del escenario, manifestando irrefrenable desasosiego.)

YORICK. -Hola, señor Edmundo, ¿por qué milagro se os ve al fin aquí?

EDMUNDO. -Como esta mañana me habéis reprendido porque no vengo.

YORICK. -Y vienes porque te he reprendido, ¿eh? ¿Solamente por eso?

EDMUNDO. -No... Quiero decir... (Turbado.)

YORICK. -No te canses en meditar una disculpa.

EDMUNDO. -Me parece que estáis preocupado..., inquieto... Sin duda, el estreno de la comedia... (Buscando algo que decir.)

YORICK. -El estreno de la comedia... Ciertamente... Eso es... (Hablando maquinalmente, abstraído en su meditación. Sigue andando en varias direcciones con paso, ora lento, ora muy precipitado; a veces se para; siéntase a veces en la silla que ve más cerca de sí, demostrando en todas sus acciones la agitación que le domina.)

EDMUNDO. -Por lo que a vos hace, sin embargo, nada debéis temer. El público os ama ciegamente... Esta noche, como siempre, recompensará vuestro mérito... y... (Notando que no se le escucha, deja de hablar; se sienta y contempla con zozobra a YORICK, que sigue andando por el escenario. Pausa.)

YORICK. -¿Qué decías? Habla... Te oigo. (Sin detenerse.)

EDMUNDO. -(Todo lo sabrá al fin. No hay remedio.)

YORICK. -¿No hablas?

EDMUNDO. -Sí, señor... Decía que el drama de esta noche...

YORICK. -No me has preguntado por Alicia. ¿Por qué no me has preguntado por ella?

(Parándose de pronto delante de EDMUNDO.)

EDMUNDO. -Habiéndola visto en el ensayo de esta mañana...

YORICK. -Sí..., es verdad... (Anda otra vez por el escenario.)

EDMUNDO. -(Crecían sus dudas por instantes; han llegado a lo sumo.)

YORICK. -¿Conque la función de esta noche?...

EDMUNDO. -Me parece que agrada. Tiene interés y movimiento; es obra de autor desconocido, a quien no hará guerra la envidia.

YORICK. -No puede ser. (Hablando consigo mismo y dando una patada en el suelo.)

EDMUNDO. -¡Oh! (Levantándose.)

YORICK. -¿Qué? ¿He dicho algo? Suelen estos días escaparse de mis labios palabras cuyo sentido ignoro. No ando bien estos días. (Tocándose la frente.)

EDMUNDO. -¿Estáis enfermo? ¿Qué tenéis? (Con ternura, acercándose a él.)

YORICK. -Un papel tan largo y difícil..., los ensayos..., el estudio excesivo... Pero no hay que temer. Esto pasará... Ya pasó. Charlemos aquí los dos solos un rato. (Sentándose en la mesa.) Hablábamos... ¿De qué?... ¡Ah, sí, el drama nuevo! A ti, por lo visto en los ensayos, no te agrada mucho tu papel. ¿Y Alicia? ¿Cómo la encuentras en el suyo de esposa desleal?

EDMUNDO. -Bien...; muy bien.

YORICK. -Bien, ¿eh? (Impetuosamente, saltando de la mesa al suelo.)

EDMUNDO. -Sí, señor...; yo creo...

YORICK. -Y ya ves cuánto me alegro de que tú... (Conteniéndose y disimulando.)
Edmundo, ven acá. (Tomando de pronto una resolución y acercándole mucho a sí.) Dime:
¿sentiste alguna vez estallar en tu corazón tempestad furiosa? ¿Pudiste durante mucho
tiempo evitar que se vieran sus relámpagos, que se oyeran sus truenos? ¿Es posible
padecer y callar? ¿No arranca por fin el dolor ayes lastimeros al más sufrido y
valeroso? ¿Hará bien la desgracia en dejarse agobiar de carga irresistible sin pedir
ayuda a la amistad? ¿Y no eres tú mi hijo, el hijo de mi alma?

EDMUNDO. -¡Oh, sí! ¡Vuestro hijo! (Abrazándole.)

YORICK. -Quiere mucho a tu padre. ¡Ay, tengo ahora tanta necesidad de que alguien me
quiera! Porque sábelo, Edmundo: Alicia... ¡Oh, cuál se niegan mis labios a pronunciar
estas palabras! ¡Y si a lo menos pudiese decirlas sin que llegaran a mis oídos!
¡Alicia no me ama!

EDMUNDO. -¡Cielos!

YORICK. -¿Ves qué horrorosa desventura? Parece imposible que haya desventura mayor.
Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: ¡Alicia ama a otro! Ahí tienes una
desventura mayor; ahí la tienes. (Muy conmovido.)

EDMUNDO. -Pero sin duda os engañáis. ¿Cómo sabéis que vuestra esposa?... ¿Quién os ha
inducido a creerlo? (Con ira en esta última frase.)

YORICK. -Al oír que le llamaba esposa infiel, con palabras de esa maldita comedia que
le sonaron a verdad, sobrecojióse de modo que llegó a perder el sentido.

EDMUNDO. -¿Qué mucho, si es tan delicada y sensible que al más leve ruido inesperado
se conmueve y altera? Ya os lo dijo Guillermo.

YORICK. -Ciertamente que me lo dijo. (Con ironía.) Alicia, al desmayarse, pidió
perdón.

EDMUNDO. -Turbada por la voz acusadora, su mente, como ciega máquina, siguió el
impulso recibido. Guillermo os lo dijo también.

YORICK. -También me lo dijo, en efecto. (Con ironía, como antes.) Pero en mi pecho quedó leve espina; espina que fue muy pronto clavo encendido. Yo antes nada veía, en nada reparaba. Como la luz del sol, deslumbra la luz de la felicidad. Nublado el cielo de mi dicha, todo lo vi claro y distinto. Recordé un sí ardiente como el amor y otro sí tibio como la gratitud, únicamente con el amor hace el amor nudo que no se rompa. Recordé lágrimas a deshora vertidas, zozobras y temores sin razón aparente. Parecióme ella más joven y hechicera que nunca; hallé en mí con asombro fealdad y vejez. Ahora, a cada momento, reciben nuevo pábulo mis sospechas, porque ya Alicia ni siquiera intenta disimular ni fingir; el peso de la culpa anonada la voluntad. Cuando la miro se agita y conmueve, como si las miradas que le dirijo tuviesen virtud sobrenatural para penetrar en su corazón a modo de flechas punzadoras. Nunca me habla sin que su labio tembloroso revele el temblor de la conciencia. ¿Asómase alguna vez a sus ojos lágrima rebelde? ¡Oh, cuál pugna por encerrarla de nuevo dentro de sí, y qué angustioso es contemplar aquella lágrima, haciéndose cada vez mayor en el párpado que la sujeta! ¿Quiere reírse alguna vez? Su risa es más triste que su llanto. ¡Oh, sí, Edmundo: lo juraría delante de Dios; Alicia esconde secreto abominable en su pecho! De ello me he convencido al fin con espanto; con espanto mayor que me causaría ver abrirse repentinamente el azul purísimo de los cielos y detrás de él aparecer tinieblas y horrores infernales. ¿Quién es el ladrón de mi ventura? ¿Quién el ladrón de su inocencia? Responde. No me digas que no lo sabes; fuera inútil, no te creería. ¿Quien es? ¿No hablas? ¿No quieres hablar? Dios mío, ¿qué mundo es éste, donde tantos cómplices halla siempre el delito?

EDMUNDO. -Veros padecer tan cruel amargura me deja sin fuerzas ni aun para despegar los labios. Repito que sospecháis sin fundamento, que yo nada sé...

YORICK. -¿Por qué has sido siempre desdeñoso con Alicia? ¿Por qué has dejado de frecuentar esta casa? Porque sabías que esa mujer engañaba a tu padre; porque no querías autorizar con tu presencia mi ignominia.

EDMUNDO. -¡Oh, no lo creáis!... ¡Qué funesta ilusión!

YORICK. -Si te digo que ya empiezo a ver claro, que ya voy entendiendo todo. ¿Ignoras quién es mi rival? Ayúdame a buscarlo. ¿Será Walton quizá?

EDMUNDO. -¿Cómo os atrevéis a imaginar siquiera?... (Con indignación.)

YORICK. -No te canses de disuadirme. No es Walton; de fijo que no. Desechado. ¿Será acaso lord Stanley?

EDMUNDO. -¿Lord Stanley? ¿Porque la otra noche habló con ella un momento?...

YORICK. -Calla, no prosigas. Tampoco es ése, tampoco. Ya me lo figuraba yo. ¿Será el conde de Southampton, el amigo de Shakespeare? (Pronunciando con dificultad este último nombre.)

EDMUNDO. -Ved que estáis delirando.

YORICK. -Entonces, ¿quién es? Sí; no hay duda; será quien yo menos querría que fuese. No basta la traición de la esposa; habré de llorar también la traición del amigo.

EDMUNDO. -No sospechéis de nadie. Ese rival no existe. Alicia no es culpada.

YORICK. -A bien que ahora mismo voy a salir de duda... Si es culpada o no, ahora mismo voy a saberlo. (Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.)

EDMUNDO. -¿Qué intentáis?

YORICK. -Nada. (Volviendo al lado de EDMUNDO.) La cosa más natural del mundo: preguntárselo a ella.

EDMUNDO. -¡Eso no! (Horrorizado.)

YORICK. -¿Cómo que no? ¿Puedo yo hacer más que fiarme de su palabra?

EDMUNDO. -Pero ¿y sí la acusáis sin motivo? ¿Y si es inocente?

YORICK. -Si es inocente, ¿por qué tiembla? ¿Por qué tiemblo yo? ¿Por qué tiemblas tú?

EDMUNDO. -El tiempo aclarará vuestras dudas.

YORICK. -El tiempo que se mide por la imaginación del hombre, detiéndose a veces, poniendo en confusión y espanto a las almas con anticipada eternidad. Días ha que el tiempo no corre para mí. Quiero volver a la existencia.

EDMUNDO. -Esperad otro día, otro día no más. (Asiéndole una mano.)

YORICK. -¡Ni un día más, ni una hora más, ni un instante más! ¡Suelta! (Procurando desasirse de EDMUNDO.)

EDMUNDO. -No lo esperéis.

YORICK. -¡Qué obstinación tan insufrible! ¡Vaya si es terco el mozo! (Forcejeando para desprender de la suya la mano de EDMUNDO.)

EDMUNDO. -¡Escuchad!

YORICK. -¡Y necio por añadidura! Aparta. (Haciendo un violento esfuerzo, con el cual logra desprenderse de EDMUNDO.)

EDMUNDO. -¡Oh!

YORICK. -¡Si no hay remedio!... ¡Si he de saberlo todo! (Con furor.)

EDMUNDO. -¡Piedad!

YORICK. -¡Si no quiero tener piedad! (Cambiando de tono y con voz lacrimosa. Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV

EDMUNDO y ALICIA

EDMUNDO. -¡Cielo implacable! ¡Oh! (Viendo aparecer a ALICIA muy abatida y acongojada por entre la colgadura que cubre la puerta de la derecha. Breve pausa, después de la cual EDMUNDO corre al lado de ALICIA, que habrá permanecido inmóvil, y la trae al proscenio.) ¿Has oído?

ALICIA. -Sí.

EDMUNDO. -Mañana al amanecer, se hace a la vela para clima remoto un bajel cuyo capitán es mi amigo. Huyamos. (En voz baja y muy de prisa.)

ALICIA. -No.

EDMUNDO. -De aquí a la noche quedarían dispuestos los medios de fuga.

ALICIA. -No.

EDMUNDO. -Si de otro modo no fuera posible comunicártelos, en el teatro recibirías luego una carta y por ella sabrías el término de mi solicitud y lo que uno y otro deberíamos hacer.

ALICIA. -No.

EDMUNDO. -Tu marido va a descubrirlo todo.

ALICIA. -¡Cúmplase la voluntad del cielo!

EDMUNDO. -¿Y qué será de ti?

ALICIA. -¡Bah!

EDMUNDO. -¿Qué será de los dos?

ALICIA. -Huye tú.

EDMUNDO. -¿Solo? ¡Nunca!

ALICIA. -Huye.

EDMUNDO. -Contigo.

ALICIA. -¡Mil veces no!

YORICK. -¡Alicia! ¡Alicia! (Dentro, llamándola. ALICIA se conmueve.)

EDMUNDO. -¿Lo ves? Ya no alientas; ya no puedes tenerte en pie.

ALICIA. -¡Me busca! (Con terror.)

EDMUNDO. -Para preguntarte si eres culpada. ¿Qué le responderás?

ALICIA. -¿Qué le he de responder? ¡Que sí! (Con firmeza.)

EDMUNDO. -¿Y después?

ALICIA. -¿Después?... ¿Crees tú que será capaz de matarme? (Como animada de una esperanza lisonjera.) ¡Oh, si me matara!... (Manifestando alegría.)

EDMUNDO. -Su furia o tu propio dolor darán fin a tu vida.

ALICIA. -¿De veras? ¡Qué felicidad!

EDMUNDO. -Y no buscas sólo tu muerte, sino también la mía.

ALICIA. -¡La tuya! (Con pena y sobresalto.)

YORICK. -¡Alicia! (Dentro, más cerca.)

EDMUNDO. -Ya viene.

ALICIA. -Callaré..., fingiré... Ea, impudencia, dame tu serenidad, y con ella búrlese el reo de su juez. No puedo ser más desdichada; pero no temas, no temas; aún puedo ser más despreciable.

YORICK. -¡Alicia!

ALICIA. -Aquí estoy. Aquí me tenéis. (Yendo hacia donde suena la voz de YORICK.)

EDMUNDO. -Aguarda. (YORICK sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y YORICK

YORICK. -¡Ah! (Turbándose al ver a ALICIA.)

ALICIA. -Me buscáis, yo a vos, y parece que andamos huyendo el uno del otro. (Sonriéndose y aparentando serenidad.)

YORICK. -(¿Está ahora alegre esta mujer?) Tengo que hablar un momento a solas con Alicia. Espérame en mi cuarto. (A EDMUNDO.)

EDMUNDO. -(La defenderé si es preciso.) (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

YORICK y ALICIA

(YORICK contempla unos instantes a ALICIA en silencio. Luego se sienta en el escaño.)

YORICK. -Ven, Alicia; ven. (ALICIA da algunos pasos hacia él.) Acércate más. (ALICIA se acerca más a YORICK.) Siéntate a mi lado. ¿Acaso tienes miedo de mí?

ALICIA. -¿Miedo? ¿Por qué? (Sentándose al lado de YORICK.)

YORICK. -(Parece otra.)

ALICIA. -¿Qué me queréis? (YORICK se levanta.)

YORICK. -(Ella serena, yo turbado... Aquí hay un delincuente. ¿Lo es ella? ¿Lo soy yo?)

ALICIA. -(Las fuerzas me abandonan.) (YORICK se sienta otra vez.)

YORICK. -Alicia, el hombre, por lo regular, se despierta amando a la primera luz de la juventud; corre luego desalentado en pos del goce que mira delante de sí, y, como en espinosas zarzas del camino de la vida, enredase en uno y otro amorío, fútil o vergonzoso, dejando en cada uno de ellos un pedazo del corazón. Íntegro y puro estaba el mío cuando te vi y te amé. Y ¡oh, qué viva la fuerza del amor sentido en el otoño de la existencia, cuando antes no se amó, cuando ya no es posible amar otra vez! Así te amo yo, Alicia. ¿Me amas tú como tú me puedes amar? Responde.

ALICIA. -Yo... Ciertamente... Os debo tantos beneficios...

YORICK. - ¡Beneficios! ¡Si no hablamos de beneficios ahora!... ¿Me amas?

ALICIA. -¿No lo sabéis? ¿No soy vuestra esposa?

YORICK. -¿Me amas?

ALICIA. -Sí, señor, sí. Os amo.

YORICK. -¿De veras? ¿Sí? ¿Debo creerlo? (Con íntimo gozo.) Por Dios, que me digas la verdad. ¿No amas a nadie sino a mí? ¿A nadie?

ALICIA. -¿Qué me preguntáis? (Asustada y queriendo levantarse.)

YORICK. -¿No amas a otro? (Con energía y deteniéndola.)

ALICIA. -No, señor; no...

YORICK. -Mira que pienso que me engañas. ¡Ah! (Concibiendo esperanza halagüeña.) Quizá ames a otro y no hayas declarado tu amor todavía. Siendo así, no vaciles en confesármelo. Humildemente aceptaría yo el castigo de haber codiciado para esposa a quien pudiera ser mi hija; no con severidad de marido, sino con blandura de padre, escucharía tu confesión; te haría ver la diferencia que hay entre el amor adúltero, que regocija a los infiernos, y el conyugal amor, que tiene guardadas en el cielo palmas y coronas; redoblaría mis atenciones y finezas para contigo, mostrándote engalanado mi afecto con atractivos a cual más dulce y poderoso; continuamente elevaría súplicas al que todo lo puede para que no te dejase de la mano; y no lo dudes, gloria mía, luz de mis ojos; no lo dudes, Alicia de mis entrañas, conseguiría al fin vencer a mi rival, ganarme todo tu corazón, volverte a la senda del honor y la dicha; porque tú eres buena; tu pecho, noble y generoso; caerás en falta por error, no con deliberado propósito; y conociendo la fealdad del crimen, huirías de él horrorizada, y conociendo mi cariño... ¡Ay, hija mía, créelo!, a quien tanto quiere, algo se le puede querer.

ALICIA. -(Me falta aire que respirar; se me acaba la vida.)

YORICK. -¿Nada me dices? ¿Callas? ¿Amas y has declarado ya tu amor? Pues no me lo ocultes. Quiere la justicia que sea castigada la culpa. No debe quedar impune la mujer que afrenta a su marido... Y si este marido no tiene más afán que evitar a su esposa el menor disgusto, ni más felicidad que adorarla, ni más existencia que la que de ella recibe; si para ese infeliz ha de ser todo uno perder el afecto de su esposa y morir desesperado; y ella lo sabe y le condena a padecer las penas del infierno en esta vida y en la otra... ¡Oh, entonces la iniquidad es tan grande, que la mente no la puede abarcar; tan grande, que parece mentira!... No, si yo no creo que tú... ¡Conmigo tal infamia! ¡Conmigo! ¿Tú haber sido capaz? No..., no... Si digo que no lo creo... No puedo creerlo... ¡No lo quiero creer! (Cubriéndose el rostro con las manos y llorando a lágrima viva. ALICIA, mientras habla YORICK, da señales de ansiedad y dolor cada vez más profundos; quiere en más de una ocasión levantarse, y no lo hace porque su marido la detiene; vencida, al fin de la emoción, va dejándose caer al suelo poco a poco, hasta quedar arrodillada delante de YORICK. Al ver éste, cuando se quita las manos de los ojos, que ALICIA está arrodillada, se aparta de ella con furor.) ¡Arrodillada! (ALICIA apoya la cabeza en el escaño, dando la espalda al público) ¡Arrodillada! Si fuera inocente, no se arrodillaría. ¿Conque no me engañé? ¡Infame! (Va rápidamente hacia su mujer con aire amenazador. Viendo que no se mueve, se detiene un instante y luego se acerca a ella con expresión enteramente contraria.)

¿Qué es eso? ¿Qué tienes? (Levantándole la cabeza y poniéndole una mano en la frente.) Desahógate... Llorá... (ALICIA prorrumpe en congojoso llanto.) ¿Te me vas a morir?... Pero ¿qué estoy yo haciendo? (Reprimiéndose.) ¿Qué me importa a mí que se muera? (Con nueva indignación, separándose de ALICIA.) No, no se morirá. ¡Mentira su dolor! ¡Mentira su llanto! ¡Mentira todo! Es mujer.

ALICIA. -¡Ay! (Falta de respiración y cayendo al suelo desplomada.)

YORICK- ¡Alicia! (Corriendo otra vez hacia ella sobresaltado.) ¡Alicia! Ea, se acabó... Sosiégate... Mañana veremos lo que se ha de hacer... Hoy, fuerza es pensar en otras cosas. El drama de esta noche... Alicia, vuelve en ti... ¡Alienta, por Dios! (SHAKESPEARE aparece en la puerta del foro. YORICK se incorpora de pronto y se pone delante de su mujer como para ocultarla.) ¡Eh! ¿Quién es? ¿Qué se ofrece? ¿Por qué entra nadie aquí?

ESCENA VII

DICHOS y SHAKESPEARE

SHAKESPEARE. -¿Tan ciego estás que no me conoces?

YORICK. -¡Shakespeare! ¡Él!

SHAKESPEARE. -Levanta, Alicia. (Acercándose a ella.)

YORICK. -¡No la toques!

SHAKESPEARE. -Desde que te has aficionado al género trágico no se te puede tolerar. (Hace que se levante ALICIA, la cual queda apoyada en él, sin dejar de sollozar angustiosamente.)

YORICK. -¿No te he dicho que no la toques? (Acercándose a su mujer.)

SHAKESPEARE. -Aparta. (Con gran calma, alargando un brazo para detenerle.)

YORICK. -¿Estoy soñando?

SHAKESPEARE. -Yo juraría que sí, o más bien que estás ebrio o demente. Vamos a tu aposento, Alicia. (Dirígese lentamente con ella hacia la puerta de la izquierda.)

YORICK. -¡Qué! ¿Tú? (Siguiéndolos.)

SHAKESPEARE. -Aguarda un poco. (Deteniéndose.) Ya hablaremos los dos.

YORICK. -¿Eres piedra insensible con apariencia humana?

SHAKESPEARE. -¿Eres mujer con aspecto de hombre? (Echa a andar otra vez.)

YORICK. -¡He dicho ya que Alicia no ha de separarse de mí! (Recobrando su vigor y yendo hacia su mujer como para separarla de SHAKESPEARE. Éste, dejando a ALICIA, que se apoya en la mesa con ambas manos, impele a YORICK hacia el proscenio con imponente serenidad y mirándole atentamente a los ojos.)

SHAKESPEARE. -¡He dicho ya que aguardes un poco! (Vuelve pausadamente al lado de ALICIA y se va con ella por la puerta que antes se indicó, sin apartar un solo momento la mirada de YORICK, el cual permanece inmóvil, lleno de estupor.)

ESCENA VIII

YORICK

(Llévase, después de breve pausa, una mano a la frente y mira en torno suyo, como si despertase de un sueño.)

YORICK. -¿Qué es esto? ¿Se ha convertido la realidad de la vida en comedia maravillosa, cuyo desenlace no se puede prever? ¿Soy víctima de oscura maquinación de brujas, duendes o demonios?... ¡Shakespeare!... Sí, no hay duda... No, no; ¡imposible! ¡Qué angustia vivir siempre en tinieblas! ¡La luz, Dios eterno; la luz! ¡Y se ha ido con ella! ¡Están juntos!... ¡Condenación! ¡Yo los separaré!

(Dirigiéndose a la puerta por donde se fueron SHAKESPEARE y ALICIA.)

ESCENA IX

YORICK y WALTON

WALTON. -Ya es tiempo; aquí me tienes. (Al aparecer en la puerta del foro.)

YORICK. -¡Oh, que es Walton! Bien venido, Walton; muy bien venido. (Aparentando extraordinaria jovialidad.)

WALTON. -Bien hallado, Yorick.

YORICK. -Esto sí que es cumplir fielmente las promesas.

WALTON. -No las cumplo yo de otro modo.

YORICK. -Y, por supuesto, vendrás decidido a seguir ocultándome lo que deseo averiguar.

WALTON. -Por supuesto.

YORICK. -Sólo que, como antes te amenacé, querrás demostrar que no me tienes miedo.

WALTON. -Precisamente.

YORICK. -¡Así me gustan a mí los hombres! Pues no ha de haber riña entre nosotros. (Poniéndole una mano en el hombro.) Pelillos a la mar.

WALTON. -Como quieras. A fe que no esperaba que fueses tan razonable.

YORICK. -Si ya no hay necesidad de que tú a mí me cuentes nada. Soy yo, por lo contrario, quien te va a contar a ti un cuento muy gracioso.

WALTON. -¿Tú a mí?

YORICK. -Érase que se era un mancebo de pocos años, todo vehemencia, todo fuego. Se enamoró perdidamente de una dama hermosísima. (WALTON se estremece.) Fue correspondido: ¡qué placer! Se casó: ¡gloria sin medida!

WALTON. -¿Adónde vas a parar? (Muy turbado.)

YORICK. -Disfrutaban en paz de tanta ventura, cuando una noche, en que volvió a casa inopinadamente el mancebo, cátate que halla a su mujer...

WALTON. -¡Es falso, es mentira! (Impetuosamente, sin poderse contener.)

YORICK. -Cátate que halla a su mujer en los brazos de un hombre.

WALTON. -¡Vive Cristo!

YORICK. -¡Vive Cristo! diría él, sin duda, porque no era para menos el lance. Y figúrate qué diría después, al averiguar que aquel hombre, señor de alta prosapia, tenía de muy antiguo con su mujer tratos amorosos.

WALTON. -¡Es una vil calumnia! ¡Calla!

YORICK. -Resolvió tomar venganza de la esposa, y la esposa desapareció por arte de magia para siempre.

WALTON. -¿Quieres callar?

YORICK. -Resolvió tomar venganza del amante, y el amante hizo que sus criados le apalearan sin compasión.

WALTON. -Pero ¿todavía no callas? (Ciego de ira, asiendo de un brazo a YORICK.)

YORICK. -Pero ¿no hablas todavía? (En el mismo tono que WALTON y asiéndole de un brazo también.) ¡Ja, Ja, ja! Parece que te ha gustado el cuentecillo. (Riéndose.) Hoy, el marido apaleado, con diverso oficio y veinte años más de los que a la sazón tenía, lejano el lugar de la ocurrencia, créela en hondo misterio sepultada; pero se engaña el mentecato. Sábese que lleva un nombre postizo para ocultar el verdadero, que manchó la deshonra. (Hablando de nuevo con energía.)

WALTON. -¿Qué estás diciendo, Yorick?

YORICK. -No falta quien le señale con el dedo.

WALTON. -¡Oh, rabia!

YORICK. -Hay quien diga al verle pasar: «Ahí va un infame; porque el marido ultrajado que no se venga es un infame».

WALTON. -Entonces, ¿quién más infame que tú?

YORICK. -¿Eh? ¿Cómo? ¿Es que ya hablas al fin? Sigue, explícate... Habla...

WALTON. -Yo, a lo menos, descubrí al punto el engaño.

YORICK. -¡Habla!

WALTON. -Yo, a lo menos, quise vengarme.

YORICK. -¿Y yo? Habla. ¿Y yo?

WALTON. -Tú eres ciego.

YORICK. -¡Habla!

WALTON. -Tú vives en paz con la deshonra.

YORICK. -¡Habla!

WALTON. -Tu mujer...

YORICK. -¿Mi mujer? Habla... ¡Calla, o vive Dios que te arranco la lengua!

WALTON. -¿Lo estás viendo? Eres más infame que yo.

YORICK. -¿Mi mujer...?

WALTON. -Te engaña.

YORICK. -¡Me engaña! A ver, pruébame. Tendrás, sin duda alguna, pruebas evidentes, más claras que la luz del sol. No se alza acusación tan horrible sin poderla justificar. Pues vengan esas pruebas, dámelas. ¿Qué tardas? ¿No tienes pruebas? ¡Qué las has de tener! ¡No las tienes! ¡Bien lo sabía yo! Este hombre osa decir que un ángel es un demonio, y quiere que se le crea por su palabra.

WALTON. -Repito que Alicia te es infiel.

YORICK. -Repito que lo pruebes. (Acercándose mucho a él.) Y si al momento no lo pruebas, di que has mentado; di que Alicia es honrada esposa; di que a nadie ama sino a mí; di que el mundo la respeta y la admira; di que los cielos, contemplándola, se recrean. ¡Dilo! ¡Si lo has de decir!

WALTON. -Alicia tiene un amante.

YORICK. -¿Eso dices?

WALTON. -Sí.

YORICK. -¿Y no lo pruebas? ¡Ay de ti, villano!, que no lo dirás otra vez. (Lanzándose a WALTON como para ahogarlo.)

ESCENA X

DICHOS, SHAKESPEARE, ALICIA y EDMUNDO

(SHAKESPEARE y ALICIA salen por la izquierda; EDMUNDO, por la derecha.)

EDMUNDO. -¡Oh!

ALICIA. -¡Oh!

SHAKESPEARE. -Teneos. (Poniéndose entre YORICK y WALTON.)

WALTON. -¡Shakespeare! (Confundido al verle.)

SHAKESPEARE. -Faltar a una palabra es la mayor de las vilezas. (Bajo a WALTON, con expresión muy viva.)

WALTON. -¡Oh! (Dejando ver el efecto que le han causado las palabras de SHAKESPEARE.

Luego se dirige rápidamente al foro.) Llorarás con lágrimas de sangre lo que acabas de hacer. (A YORICK. Vase.)

SHAKESPEARE. -¿Qué te ha dicho ese hombre?

YORICK. -Lo que de antemano sabía yo. Que mi mujer tiene un amante. ¡Ese amante eres tú!

SHAKESPEARE. -¡Yo!

ALICIA. -¡Dios santo!...

EDMUNDO. -¡Ah! (Acercándose a YORICK como para hablarle.)

SHAKESPEARE. -¡Yo! ¡Insensato! (Con ira.) ¡Ja, ja, ja! (Soltando una carcajada.)
¡Vive Dios, que me hace reír!

YORICK. -¡No es él! ¿No eres tú? ¿No es el amigo quien me ofende y asesina? (Con tierna emoción.) Entonces algún consuelo tiene mi desventura. Temía dos traiciones. Una de ellas no existe. ¡Perdón, Guillermo; perdóname! ¡Soy tan desgraciado!

SHAKESPEARE. -Si eres desgraciado ven aquí y llora sobre un pecho leal. (Muy conmovido y con vehemencia.)

YORICK. -¡Guillermo! ¡Guillermo de mi corazón! (Arrojándose en sus brazos, anegado en lágrimas.)

EDMUNDO. -¿Alicia...? (En voz muy baja y lleno de terror.)

ALICIA. -¡Sí! (Con acento de desesperación.)

EDMUNDO. -¡Mañana!

ALICIA. -¡Mañana! (Vase EDMUNDO por el foro, y ALICIA por la derecha. YORICK y SHAKESPEARE siguen abrazados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Un drama nuevo
Manuel Tamayo y Baus

Copyright (c) Universidad de Alicante, Banco Santander Central Hispano 1999-2000

Un drama nuevo
Manuel Tamayo y Baus

Acto tercero

PRIMERA PARTE

Cuarto de Yorick y Alicia en el teatro. Mesa larga, con tapete, dos espejos pequeños, utensilios de teatro y luces; dos perchas salientes, en las cuales penden cortinas que llegan hasta el suelo, cubriendo la ropa que hay colgada en ellas; algunas sillas; puerta a la derecha, que da al escenario.

ESCENA PRIMERA

El AUTOR y el TRASPUNTE

(Ambos salen por la puerta de la derecha; el TRASPUNTE, con un manuscrito abierto en la mano y un melampo con vela encendida.)

TRASPUNTE. -Aquí tendrá agua, de fijo, la señora Alicia.

AUTOR. -Sí; ahí veo una botella. (Indicando una que hay en la mesa.)

TRASPUNTE. -Tomad. (Echando agua de la botella en un vaso. El AUTOR bebe.)

AUTOR. -¡Ay, respiro!... Tenía el corazón metido en un puño... La vista empezaba a turbárseme... ¡Tantas emociones!... ¡Tanta alegría!... ¡Uf!... (Toma un papel de teatro de encima de la mesa y hácese aire con él.) Conque dígame el señor Traspunte: ¿qué opina de mi drama?

TRASPUNTE. -¿Qué opino? ¡Vaya! ¡Cosa más bonita!... Y este último acto no gustará menos que los otros.

AUTOR. -Quiera el cielo que no os equivoquéis.

TRASPUNTE. -¡Qué me he de equivocar! Si tengo yo un ojo... En el primer ensayo aseguré que vuestra comedia gustaría casi tanto como una de Shakespeare.

AUTOR. -¡Shakespeare!... ¡Oh, Shakespeare!... (Con tono de afectado encarecimiento.)
Ciertamente que no faltará quien trate de hacerle sombra conmigo. Pero yo jamás
creeré... No; jamás. Yo soy modesto..., muy modesto.

ESCENA II

DICHOS y EDMUNDO, éste en traje de Manfredo

EDMUNDO. -Dime, Tomás: ¿Alicia no se retira ya de la escena hasta que yo salgo?

TRASPUNTE. -Justo. (Hojeando la comedia.)

EDMUNDO. -¿Y yo me estoy en las tablas hasta el final?

TRASPUNTE. -¿Pues no lo sabéis?... (Hojeando de nuevo la comedia.)

EDMUNDO. -(Acabado el drama, será ya imposible hacer llegar a sus manos... ¡Qué
fatalidad!) (Dirigiéndose hacia la puerta.)

AUTOR. -A ver, señor Edmundo, cómo os portáis en la escena del desafío. La verdad; os
encuentro..., así un poco..., pues... En los ensayos habéis estado mucho mejor.
Conque ¿eh?...

EDMUNDO. -Sí, señor, sí... (Se va, pensativo.)

ESCENA III

El AUTOR y el TRASPUNTE; en seguida, WALTON. Éste, en traje de Landolfo

AUTOR. -Apenas se digna contestarme. Rómpase uno los cascos haciendo comedias como
ésta, para que luego un comiquillo displicente...

WALTON. -¿Sale Edmundo de aquí? (Al TRASPUNTE.)

TRASPUNTE. -Sí, señor.

WALTON. -¿Qué quería?

TRASPUNTE. -Nada. Saber cuándo se retira de la escena la señora Alicia.

AUTOR. -¿Verdad, señor Walton, que Edmundo está representando bastante mal?

TRASPUNTE. -Algo debe sucederle esta noche.

AUTOR. -Con efecto, dos veces que he ido yo a su cuarto le he encontrado hablando con Dérvil en voz baja, y cuando me veían cambiaban de conversación. Debía prohibirse que los cómicos recibieran visitas en el teatro.

WALTON. -Y ese Dérvil, ¿quién es?

AUTOR. -El capitán de una embarcación que mañana debe hacerse a la vela.

TRASPUNTE. -Pues en cuanto se fue el capitán, el señor Edmundo me pidió tintero y se puso a escribir una carta.

AUTOR. -¡Escribir cartas durante una representación de una comedia!

WALTON. -(Una carta... Una embarcación que se hará mañana a la vela...)

TRASPUNTE. -Y a propósito de carta: ahí va la que en este acto habéisla de sacar a la escena para dársela al Conde Octavio. (Dándole un papel doblado en forma de carta.)

WALTON. -Trae. (Toma el papel y se lo guarda en un bolsillo del traje. Óyese un aplauso muy grande y rumores de aprobación. WALTON se inmuta.)

AUTOR. -Eh, ¿qué tal? ¿Para quién habrá sido?

TRASPUNTE. -Toma. Para el señor Yorick. Apuesto algo a que ha sido para él. (Vase corriendo.)

ESCENA IV

WALTON y el AUTOR

AUTOR. -¡Cómo está ese hombre esta noche!... Cuando pienso que no quería que hiciese el papel de Conde, me daría de cabezadas contra la pared. Mas ya se ve; ¿quién había de imaginarse que un comediante acostumbrado sólo a representar papeles de bufón...? De esta hecha se deja atrás a todos los actores del mundo. Si es mejor que vos.

WALTON. -¿De veras? (Procurando disimular su enojo.)

AUTOR. -Mucho mejor.

WALTON. -Y si tal es vuestra opinión, ¿os parece justo ni prudente decírmela a mí cara a cara? (Cogiéndole de una mano con ira y trayéndole hacia el proscenio.)

AUTOR. -Perdonad... (Asustado.) Creí... La gloria de un compañero...

WALTON. -¡Sois un mentecato! (Soltándole con ademán despreciativo.)

AUTOR. -¿Cómo es eso?... ¿Mentecato yo?...

ESCENA V

DICHOS y el TRASPUNTE

TRASPUNTE. -Pues lo que yo decía: para él ha sido este último aplauso.

AUTOR. -(Se le come la envidia.) ¡Bravo, Yorick, bravo! (Vase.)

TRASPUNTE. -Y vos, ¿cómo juzgáis al señor Yorick?

WALTON. -Eres un buen muchacho; trabajas con celo y he de procurar que Shakespeare te aumente el salario.

TRASPUNTE. -¡Y qué bien que haríais! ya sabéis que tengo cuatro chiquillos... ¡Cuatro!

WALTON. -¿Conque preguntabas qué tal me ha parecido Yorick?

TRASPUNTE. -Sí, señor.

WALTON. -Y sepamos: ¿qué te parece a ti? (Manifestándose muy afable con el TRASPUNTE.)

TRASPUNTE. -¿A mí?

WALTON. -Sí, habla. Esta mañana decías que iba a hacerlo muy mal.

TRASPUNTE. -¡Y tanto como lo dije!

WALTON. -¿Luego crees...? (Con gozo.)

TRASPUNTE. -No creo; estoy seguro...

WALTON. -¿De qué?

TRASPUNTE. -De que dije una tontería.

WALTON. -¡Ah!...

TRASPUNTE. -Buen chasco nos ha dado. En el primer acto se conocía que estaba..., así..., algo aturdido; pero luego... ¡Cáspita, y qué bien ha sacado algunas escenas!... Sí, una vez me quedé embobado oyéndole, sin acordarme de dar salida a la dama; y a no ser porque el autor estaba a mi lado entre bastidores y me sacó de mi embobamiento con un buen grito, allí se acaba la comedia. Mirad, señor Walton: cuando os vi representar el Macbeth, creí que no se podía hacer nada mejor... Pues lo que es ahora...

WALTON. -Anda, anda... (Interrumpiéndole.) No vayas a caer en falta de nuevo.

TRASPUNTE. -¿Eh? (Como asustado y hojeando la comedia.) No; esta escena es muy larga.

Se puede apostar que mientras esté en la compañía el señor Yorick, nadie sino él hará los mejores papeles. ¿Quién se los ha de disputar?

WALTON. -A fe que charlas por los codos.

TRASPUNTE. -Fue siempre muy hablador el entusiasmo. Y la verdad..., yo estoy entusiasmado con el señor Yorick. Todo el mundo lo está. Únicamente las partes principales murmuran por lo bajo y le dan con disimulo alguna que otra dentellada. Envidia, y nada más que envidia.

WALTON. -¿Quieres dejarme en paz?

TRASPUNTE. -(¡Qué gesto! ¡Qué mirada! ¡Necio de mí! Si éste es el que más sale perdiendo. Pues, amiguito, paciencia y tragar la saliva.)

WALTON. -¿Qué rezas entre dientes?

TRASPUNTE. -Si no rezo. Al contrario.

WALTON. -Vete ya, o por mi vida...

TRASPUNTE. -Ya me voy..., ya me voy... (WALTON se deja caer en una silla con despecho y enojo.) ¡Rabia, rabia, rabia! (Haciendo muecas a WALTON, sin que él lo vea. Vase.)

ESCENA VI

WALTON

(Permanece pensativo breves momentos.)

WALTON. -¡Cómo acerté! ¡Yorick aplaudido con entusiasmo! ¡Qué triunfo! ¡Qué inmensa gloria! ¡Mayor que la mía! Sí; ¡mil veces mayor! No le perdono la injuria que antes me hizo... La que ahora me hace ¿cómo se la he de perdonar? Sólo que no discurro para mi desagravio medio que no me parezca vil y mezquino. Quisiera yo tomar venganza correspondiente a la ofensa, venganza de que pudiera decir sin orgullo: he ahí una venganza. (óyese otro aplauso.) ¡Otro aplauso! (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Ah! (Tranquilizándose.) Para Alicia. Se retira de la escena... Edmundo va a salir por el mismo lado... Se miran... ¡Oh! Sí..., no cabe duda. Rápida ha sido la acción como el pensamiento, pero bien la he notado yo. Al pasar Alicia, algo le ha dado Edmundo. ¿Qué podrá ser? ¿Quizá la carta de que me han hablado? ¿La prueba que Yorick me pedía? ¡Si fuera una carta! ¡Si el destino me quisiese amparar! Aquí viene. ¡Ah! (Se oculta detrás de la cortina que pende de una de las perchas.)

ESCENA VII

WALTON y ALICIA. Ésta, en traje de Beatriz

(ALICIA entra por la puerta de la derecha; después de mirar hacia dentro, la cierra poco a poco para que no haga ruido. Dando señales de zozobra, se adelanta hasta el comedio del escenario, donde se detiene como perpleja, y al fin abre la mano izquierda, descubriendo un papel, que mira atentamente.)

WALTON.- Sí, es la carta de Edmundo. (Con expresión de gozo, sacando un instante la cabeza por entre la cortina, detrás de la cual está escondido. ALICIA se acerca rápidamente a la mesa, donde hay luces, y lee la carta con visible temblor, mirando hacia la puerta.)

ALICIA. -«Hasta ahora no he sabido con certeza si podríamos huir mañana... Ya todo lo tengo preparado... Esta madrugada, a las cinco, te esperaré en la calle... No nos separaremos nunca... Mi amor durará lo que mi vida... Huyamos; no hay otro remedio;

huyamos. Alicia de mi alma, y...» (Sigue leyendo en voz baja.) ¡Huir!... ¡Abandonar a ese desgraciado!... Hacer irremediable el mal... ¡Un oprobio eterno!... ¡jamás! ¡La muerte es preferible! (Acercas el papel a la luz como para quemarlo. WALTON, que habrá salido sigilosamente de su escondite, detiene el brazo que ALICIA alarga para acercar el papel a la luz.) ¡Oh! (Cogiendo rápidamente con la otra mano el papel.) ¡Walton! (Reparando en él y retrocediendo asustada.)

WALTON. -Yo soy.

ALICIA. -¿Dónde estabais?

WALTON. -Detrás de esa cortina.

ALICIA. -¿Qué queréis?

WALTON. -Ver lo que os dice Edmundo en el papel que tenéis en la mano.

ALICIA. -¡Misericordia! (Apoyándose en la mesa con expresión de terror.)

WALTON. -Dádmelo.

ALICIA. -No os acerquéis.

WALTON. -¿Por qué no?

ALICIA. -Gritaré.

WALTON. -Enhorabuena.

ALICIA. -¿Cuál es vuestra intención?

WALTON. -Ya lo veréis.

ALICIA. -¿Entregársela a mi marido?

WALTON. -Quizá.

ALICIA. -¡Esta noche!... ¡Aquí!... ¡Durante la representación de la comedia!... Sería una infamia sin ejemplo, una maldad atroz... ¡No hay nombre que dar a semejante villanía! ¡Oh, clemencia!... ¡Un poco de clemencia para él, tan sólo para él! Os lo ruego..., ¿por qué queréis que os lo ruegue?... ¿Qué amáis? ¿Qué palabras llegarían más pronto a vuestro corazón? Decidme qué he de hacer para convenceros.

WALTON. -Sería inútil cuanto hicieseis. Necesito vengarme.

ALICIA. -Y ¿por qué no habéis de vengaros? Pero ¿por qué os habéis de vengar esta noche? Mañana os daré el papel que me está abrasando la mano; creedme: lo juro. Mañana sabrá mi marido la verdad. Vos estaréis delante: con su dolor y el mío quedará satisfecha vuestra sed de venganza; no os pesará el haber aguardado hasta mañana para satisfacerla. Me amenazáis con la muerte; con más que la muerte. Dejadme que la sienta venir. Os la pediré de rodillas. (Cayendo a sus pies.) Ya estoy a vuestras plantas. ¿Me concedéis el plazo que os pido? ¿Me lo concedéis, no es verdad? Decidme que sí.

WALTON. -¡No y mil veces no! (ALICIA se levanta de pronto, llena de indignación.)

ALICIA. -¡Ah, que le tenía por hombre y es un demonio!

WALTON. -Un hombre soy, un pobre hombre que se venga.

ALICIA. -¡Oh! (Viendo entrar a YORICK por la puerta de la derecha. Llévase a la espalda la mano en que tiene el papel y se queda como helada de espanto.)

ESCENA VIII

DICHOS y YORICK. Éste, en traje de Conde Octavio

YORICK. -¿Qué haces aquí? (A WALTON con serenidad.) ¿Será prudente que nos veamos los

dos esta noche fuera de la escena?

WALTON. -Cierto que no lo es; pero cuando sepas lo que ocurre.

YORICK. -Nada quiero saber. (Sentándose con abatimiento.) Esta noche somos del público. Déjame.

WALTON. -¿Tanto puede en ti el ansia de gloria que olvidas todo lo demás?

YORICK. -¡Ansia de gloria! (Con expresión de tristeza.) Déjame, te lo ruego.

WALTON. -Como antes me habías pedido cierta prueba...

YORICK. -¿Qué?... ¿Qué dices?... (Levantándose y acercándose a WALTON.)

ALICIA. -(Pero ¿es esto verdad?) (Saliendo de su estupor.)

YORICK. -Walton... Mira que está ella delante... (Reprimiéndose.) Mira que en mi presencia nadie debe ultrajarla. ¿Una prueba? (Sin poder dominarse.) ¿Será posible? ¿Dónde está?

WALTON. -Dile a tu mujer que te enseñe las manos.

ALICIA. -No le escuchéis.

YORICK. -Vete; déjanos. (A WALTON.)

WALTON. -En una de sus manos tiene un papel.

ALICIA. -Pero ¿no veis que es un malvado?

YORICK. -¡Un papel! (Queriendo ir hacia su mujer y conteniéndose difícilmente.) Vete. (A WALTON.)

WALTON. -Ese papel es una carta de su amante.

ALICIA. -¡Ah! (Apretando el papel en la mano.)

YORICK. -¡Ah! (Corriendo hacia ella.) Dame esa carta, Alicia. (Reprimiéndose de nuevo.)

ALICIA. -No es una carta... ¿Ha dicho que es una carta? Miente; no le creáis.

YORICK. -Te acusa: justificate. Si ese papel no es una carta, fácilmente puedes confundir al calumniador. Hazlo.

ALICIA. -Es que... os diré... Esta carta...

YORICK. -Es preciso que yo la vea.

ALICIA. -Es imposible que la veáis. (Abandonándose a la desesperación.)

YORICK. -¿Imposible? (Dando rienda suelta a su cólera.) Trae. (Sujetándola bruscamente con una mano y queriendo quitarle con la otra el papel.)

ALICIA. -¡Oh! (Haciendo un violento esfuerzo logra desasirse de YORICK y se dirige hacia la puerta. YORICK va en pos de ALICIA; la detiene con la mano izquierda, y con la derecha corre el cerrojo de la puerta.)

YORICK. -¿Qué intentas? ¿Quieres hacer pública mi deshonra?

ALICIA. -¡Compasión, Madre de los Desamparados!

WALTON. -¡Es inútil la resistencia! ¡Mejor os estaría ceder!

ALICIA. -¿Y quién os autoriza a vos a darme consejos? Haced callar a ese hombre,

Yorick. Tratadme vos como queráis: sois mi marido, tenéis razón para ofenderme; pero que ese hombre no me ofenda, que no me hable, que no me mire. Ninguna mujer, ni la más vil, ni la más degradada, merece la ignominia de que se atreva a mirarla un hombre como ése. (WALTON sigue mirándola con sonrisa de triunfo.) ¡He dicho que no me miréis! Yorick, ¡me está mirando todavía! (Óyense golpes a la puerta.)

YORICK. -¿Oyes? Tengo que salir a escena.

ALICIA. -¡Idos, idos, por Dios!

TRASPUNTE. -¡Yorick! ¡Yorick! (Dentro, llamándole.)

YORICK. -No me obligues a emplear la violencia con una mujer.

TRASPUNTE. -¡Yorick, que estáis haciendo falta!

YORICK. -Pero ¿no oyes lo que dicen?

ALICIA. -¡Me vuelvo loca!

YORICK. -¿Mis amenazas son inútiles?...

AUTOR. -¡Abrid, abrid!... ¡Va a quedarse parada la representación!

YORICK. -¡Oh, acabemos!... (Arrojándose frenético a su mujer, forcejea con ella para quitarle la carta.)

ALICIA. -¡Piedad! ¡Piedad! (Luchando con YORICK.)

YORICK. -¡La carta! ¡La carta!

ALICIA. -¡No! ¡Me lastimáis!

SHAKESPEARE. -¿Quieres abrir con dos mil diablos? (Dentro, golpeando la puerta.)

ALICIA. -¡Shakespeare! ¡Shakespeare!... (Llamándole a gritos.)

YORICK. -¡La carta!

ALICIA. -¡Primero la vida! (WALTON le ase la mano en que tiene la carta.) ¡Ah!

WALTON. -¡Ya está aquí! (Quitándole la carta.)

YORICK. -Dámela.

AUTOR.

SHAKESPEARE. (Dentro.); Yorick!; Yorick!

TRASPUNTE.

WALTON. -¡Ah! (Como asaltado de repentina idea.) Todavía no. (Guardándose la carta en un bolsillo.)

YORICK. -¿No?

ALICIA. -¿Qué dice?

ESCENA IX

DICHOS, SHAKESPEARE, el AUTOR y el TRASPUNTE

(Salta el cerrojo de la puerta, cediendo al empuje que hacen por fuera, y SHAKESPEARE, el AUTOR y TRASPUNTE salen precipitadamente. Óyense golpes y murmullos.)

SHAKESPEARE. -¡Walton!

AUTOR. -¡Me habéis perdido!

TRASPUNTE. -Dos minutos hará que no hay nadie en la escena.

YORICK. -¡Esa carta! (Bajo a WALTON.)

WALTON. -He dicho que ahora no.

AUTOR. -¿Pero qué os pasa? ¡Escuchad! ¡Escuchad! (Por los murmullos y los golpes que se oyen.)

TRASPUNTE. -El cielo al fin me ayuda, -y hoy romperé la cárcel de la duda.
(Apuntándole los versos que ha de decir al salir a la escena.)

YORICK. -¡Su nombre, su nombre a lo menos! (Bajo a WALTON.)

WALTON. -Después.

SHAKESPEARE. -El público aguarda, Yorick.

TRASPUNTE. -¡El público está furioso!

AUTOR. -¡Corred, por compasión! (Los tres empujan a YORICK hacia la puerta.)

YORICK. -¡Dejadme! Yo no soy ahora un cómico... Soy un hombre..., un hombre que padece... ¿Me la darás? (Desprendiéndose de los demás y corriendo hacia WALTON.)

WALTON. -No saldrá de mis manos sino para ir a las tuyas.

AUTOR. -¡Venid! (Asiéndole de nuevo.)

TRASPUNTE. -El cielo al fin me ayuda... (Apuntándole.)

SHAKESPEARE. -¡El deber es antes que todo!

YORICK. -¡Oh! ¡Maldito deber! ¡Maldito yo!(Vase precipitadamente. ALICIA habla con SHAKESPEARE en voz baja.)

TRASPUNTE. -Vos ahora. (A ALICIA.)

ALICIA. -Una carta de Edmundo... (Bajo a SHAKESPEARE.)

AUTOR. -¡Eh! ¿Tampoco ésta quiere salir? (Muy afligido y consternado.)

ALICIA. -Si la ve mi marido... (Bajo a SHAKESPEARE.)

SHAKESPEARE. -No la verá. (Bajo a ALICIA.)

AUTOR. -¡Señora!

ALICIA. -Sostenedme, guiadme. (Vase con el AUTOR, apoyada en él.)

TRASPUNTE. -Y vos, prevenido. Esta escena es un soplo. (Hojeando la comedia muy azorado.)

WALTON. -Ya lo sé.

TRASPUNTE. -¡Ah! ¿Os di la carta que habéis de sacar ahora?

WALTON. -Sí.

TRASPUNTE. -No sé dónde tengo la cabeza. (Vase.)

ESCENA X

SHAKESPEARE y WALTON; a poco, el AUTOR y el TRASPUNTE

SHAKESPEARE. -Walton, esa carta no te pertenece.

WALTON. -Ni a ti.

SHAKESPEARE. -Su dueño me encarga que la recobre de tus manos.

WALTON. -Pues mira cómo has de recobrarla.

SHAKESPEARE. -¿Cómo? (Con la ira, que al momento reprime.) Walton, los corazones fuertes y generosos no tienen sino lástima para la ajena desventura. Apiádate de Yorick; apiádate siquiera de Alicia. Sálvala, si aún está en lo posible. Su falta es menos grave de lo que imaginas, y fácilmente se remedia. Destruyamos ese papel.

WALTON. -Yorick me ha ofendido.

SHAKESPEARE. -¿Te ha ofendido Yorick? Pues toma, enhorabuena, satisfacción del agraviado; pero tómalala noblemente, que no se restaura el honor cometiendo una villanía. Y si Alicia en nada te ofendió, ¿cómo quieres hacerla víctima de tu enojo? Herir con un mismo golpe al inocente y al culpado, obra es de la demencia o la barbarie. Ni aunque esa desdichada te hubiera causado algún mal, podrías tomar de ella venganza, a menos de ser vil y cobarde. Se vengan los hombres de los hombres; de las mujeres, no.

WALTON. -Pídeme lo que quieras, Guillermo, con tal que no me pidas la carta.

SHAKESPEARE. -Y a ti, miserable, ¿yo qué te puedo pedir? No pienses que ignoro la causa del odio que tienes a Yorick. No le odias porque te haya ofendido: le odias porque le envidias.

WALTON. -¡Cómo! ¿Qué osas decir? (Con violenta emoción.)

SHAKESPEARE. -Te he llamado vil y cobarde; eres otra cosa peor todavía: ¡eres envidioso!

WALTON. -¡Envidioso yo! Ninguna otra injuria me dolería tanto como ésa.

SHAKESPEARE. -Porque es la que mereces más. Sí; la envidia tiene tu alma entre sus garras; la envidia, que llora el bien ajeno y se deleita en el propio mal; la envidia, que fuera la desgracia más digna de lástima si no fuera el más repugnante de los vicios; la envidia, oprobio y rémora de la mente, lepra del corazón. (Óyese otro aplauso.)

WALTON. -El deber me llama. (Estremeciéndose.) Como tú has dicho a Yorick, el deber es antes que todo.

SHAKESPEARE. -Le aplauden. Óyelo. ¿Tiemblas de oírlo? No hay para un envidioso ruido tan áspero en el mundo como el aplauso tributado a un rival. (Sale el AUTOR lleno de júbilo.)

AUTOR. -¡Albricias! ¡Albricias! Ya es nuestro el público otra vez. No ha podido menos de aplaudir calurosamente al oír aquellos versos:

Con ansia el bien se espera que de lejos
nos envía sus plácidos reflejos;
mas no con ansia tanta
cual daño que de lejos nos espanta.

¡Cómo los ha dicho Yorick! ¡Qué gesto, qué entonación! (Óyese otro aplauso.) ¡Otro aplauso, otro! ¡Admirable, divino! (Palmoteando.)

WALTON. -Haré falta, si no me dejas. (Queriendo irse.)

SHAKESPEARE. -Dame antes la carta. (Poniéndose delante.)

AUTOR. -Pero, señor, ¿qué tienen todos esta noche?

TRASPUNTE. -Vamos, que al momento salís. (Al llegar.)

WALTON. -¿Lo ves? (A SHAKESPEARE.) Anda, ya te sigo. (Al TRASPUNTE.)

SHAKESPEARE. -¡Quieto aquí! (Sujetándole con violencia.)

AUTOR Y TRASPUNTE. -¿Eh? (Manifestando asombro.)

SHAKESPEARE. -Te la arrancaré con el alma, si es preciso.

AUTOR. -Shakespeare, ved lo que hacéis.

WALTON. -¡Oh! (Tomando una resolución.)

SHAKESPEARE. -¿Qué?

AUTOR. -No faltan más que cinco versos. (Mirando la comedia.)

WALTON. -El deber es más poderoso que mi voluntad. Tómala. (Sacando una carta de un bolsillo del traje y dándosela a SHAKESPEARE.)

SHAKESPEARE. -¡Al fin!...(Tomando la carta con anhelo. WALTON se dirige corriendo hacia la derecha.)

AUTOR. -Corred. (Siguiéndole.)

TRASPUNTE. -Vedme aquí, gran señor. (Apuntándole lo que ha de decir al salir a la escena. Vanse WALTON, el AUTOR y el TRASPUNTE.)

ESCENA XI

SHAKESPEARE

(Abre la carta con mano trémula.)

SHAKESPEARE. -¡Una carta en blanco! ¡Ah! (Dando un grito terrible.) ¡La que había de sacar a la escena!... ¡Y la otra!... ¡La otra!... ¡Fuego de Dios! (Corre hacia la derecha, ciego de ira y asómase a la puerta.) ¡Oh! ¡Ya está delante del público! (Volviendo al proscenio.) La serpiente ha engañado al león. ¡Aplaste el león a la serpiente! (Dirígese hacia la derecha llevándose la mano a la espada. El blanco entre esta primera parte y la segunda ha de ser brevísimo, casi instantáneo.)

SEGUNDA PARTE

Magnífico salón en el palacio del Conde Octavio. Mesa y sillón a la derecha. Una panoplia con armas a cada lado de la escena.

ESCENA ÚNICA

El CONDE OCTAVIO (Yorick), MANFREDO (Edmundo), BEATRIZ (Alicia), LANDOLFO (Walton), el APUNTADOR, en la concha. Al final de la escena, SHAKESPEARE, el AUTOR, el TRASPUNTE y actores y empleados del teatro.

(El CONDE y LANDOLFO hablan el uno con el otro sin ser oídos de BEATRIZ y MANFREDO, que están al otro lado de la escena y demuestran en su actitud y en la expresión de su semblante zozobra y dolor.)

CONDE. (Yorick.) ¡Ay, Landolfo!, en tu ausencia honda ansiedad mi pecho destrozaba;
mayor afán me acusa tu presencia.

Responde: ¿Ese billete?...

Si está en tu poder, dilo y acaba.

LANDOLFO. (Walton.) Tomad. (Dándole la carta de Edmundo.)

CONDE. (Yorick.) ¡Oh! (Tomándola con viva emoción.)

LANDOLFO. (Walton.) ¡Me vengué!

CONDE. (Yorick.) Landolfo, vete.

(LANDOLFO hace una reverencia y se retira. Al llegar Walton a la puerta de la izquierda detiéndose un momento y mira a Yorick con expresión de mala voluntad satisfecha.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Manfredo! (En voz baja con angustia.)

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Beatriz! (Lo mismo.)

BEATRIZ. (Alicia.) ¡Llegó el instante!

CONDE. (Yorick.) Voy a saber al fin quién es tu amante. (A BEATRIZ.)

¡Tiemble la esposa infiel; tiemble la ingrata
que el honor y la dicha me arrebató!

Fue vana tu cautela,

y aquí la prenda de tu culpa mira.

(Abre la carta y se acerca a la mesa, donde hay luces.)

La sangre se me hiela

(Sin atreverse a leer la carta.)

¡Ardo de nuevo en ira!

¡Ay del vil por quien ciega me envileces!

(Fija la vista en el papel y se estremece violentamente.)

¡Eh! ¡Cómo!

(Vencido de la sorpresa, olvídate de que está representando, y dice lo que realmente le dicta su propia emoción, con el tono de la verdad.

Edmundo y Alicia le miran con profunda emoción.)

APUNTADOR. ¡Oh! ¡Qué miro!

(Apuntándole en voz alta, creyendo que se ha equivocado y dando golpes con la comedia en el tablado para llamarle la atención.)

YORICK. ¿Qué es esto?

APUNTADOR. ¡Oh! ¡Qué miro! ¡Jesús!

(Sacando la cabeza fuera de la concha y apuntándole en voz más alta.)

CONDE. (Yorick.) ¡Jesús mil veces!

(Dice estas palabras de la comedia como si fueran hijas de su propio dolor y verdadero asombro. Cae desplomado en el sillón que hay cerca de la mesa, cubriéndose el rostro con las manos. Pausa. Levántase Yorick muy despacio; mira a Edmundo y a Alicia, luego al público y quédase inmóvil sin saber qué hacer apoyado en la mesa.)

CONDE. (Yorick.) ¡Aquí, no hay duda, la verdad se encierra!

(Declamando como de memoria, sin interesarse en lo que dice.)

Venid.

(A Edmundo y Alicia que se acercan a él llenos de turbación y de miedo.)

Mirad.

(Mostrándoles la carta y con nueva energía.)

MANFREDO. (Edmundo.) Y BEATRIZ (Alicia.) ¡Oh!

(Dando un grito verdadero al ver la carta, y retrocediendo espantados.)

CONDE. (Yorick.) ¡Tráguenos la tierra!

(Vuelve a caer en el sillón; contempla la carta breves instantes y después, como tomando una resolución desesperada, se levanta y va hacia Edmundo con ademán amenazador; antes de llegar a él, se detiene y mira al público, dando a entender la lucha de afectos que le acongoja. Dirige la vista a otra parte; repara en Alicia, y corre también hacia ella; pero

otra vez se detiene y vuelve al comedio del escenario, llevándose las manos alternativamente a la frente y al corazón. Alicia y Edmundo le contemplan aterrados.)

APUNTADOR. ¿Conque eres tú el villano?

(En voz alta, y dando otra vez golpes en el tablado con la comedia.)

¿Conque eres tú el villano?

(Yorick, cediendo a la fuerza de las circunstancias, y no pudiendo dominar su indignación y su cólera, hace suya la situación ficticia de la comedia, y dice a Edmundo como propias las palabras del personaje que representa. Desde este momento, la ficción dramática queda convertida en viva realidad, y tanto en Yorick como en Alicia y en Edmundo se verán confundidos en una sola entidad el personaje de invención y la persona verdadera.)

CONDE. (Yorick.) ¿Conque eres tú el villano,

tú el pérfido y aleve,

tú el seductor infame que se atreve

a desgarrar el pecho de un anciano?

¿Tú, desdichado huérfano, que abrigo

debiste un día a mi piadosa mano,

que al par hallaste en mí padre y amigo?

¿Tú me arrebatas la adorada esposa?

¿Tú mancillas mi frente?

¡Ya con acción tan noble y generosa

logró admirar el hombre a la serpiente!

Y a fe que bien hiciste. ¡Por Dios vivo!

Que este pago merece quien iluso

creyó deber mostrarse compasivo,

y en otro, amor y confianza puso.

No; que aun viéndome herido y humillado,

mi hidalga confianza no deploro.

¡Para el engañador, mengua y desdoro!

¡Respeto al engañado!

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Padre! ¡Padre!

CONDE. (Yorick.) ¿No sueño? ¿Padre dijo?

¿Tu padre yo? Pues caiga despiadada

la maldición del padre sobre el hijo.

MANFREDO. (Edmundo.) ¡Cielos! ¡Qué horror!

CONDE. (Yorick.) Y a ti, desventurada,

¿qué te podré decir? Sin voz ni aliento,

el cuerpo inmóvil, fija la mirada,

parecieras tal vez de mármol frío,

si no oyese el golpear violento

con que tu corazón responde al mío.

¿Dónde la luz de que, en fatal momento,

vi a tus ojos hacer púdico alarde,

con mengua del lucero de la tarde?

¿Dónde la faz divina,

en que unidos mostraban sus colores
cándido azahar y rosa purpurina?
Ya de tantos hechizos seductores
ni sombra leve a distinguir se alcanza
en tu semblante pálido y marchito.
¡Qué rápida mudanza!
¡Cuánto afea el delito!
Te hallé, ¡ay de mí!, cuando anheloso y triste
pisaba los abrojos
que de la edad madura
cubren la áspera senda; y a mis ojos
como rayo de sol apareciste
que súbito fulgura,
dando risueña luz a nube oscura.
Y vuelta la tristeza en alegría,
cual se adora a los ángeles del cielo,
con toda el alma te adoré rendido.
¿Quién dijera que tanta lozanía
era engañoso velo
de un corazón podrido?
Mas ya candor hipócrita no sella
el tenebroso abismo de tu pecho:
ya sé que eres traidora, cuanto bella;
ya sé que debo odiarte; sólo ignoro
si te odio ya, cual debo, o si aún te adoro.
¡Ay de ti, que el amor desesperado
jamás ha perdonado!
(Asiéndola de una mano.)
Y si no quieres que el furor me venza
y que te haga morir hierro inclemente,
mírame frente a frente,
y muere de vergüenza.
(Haciéndola caer al suelo de rodillas.)
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Piedad!
CONDE. (Yorick.) En vano gemirás sumisa:
piedad no aguardes.
MANFREDO. (Edmundo.) Ella la merece.
CONDE. (Yorick.) ¡Ni ella ni tú!
BEATRIZ. (Alicia.) Mi vida os pertenece,
género es de piedad matar de prisa.
MANFREDO. (Edmundo.) Yo solo os ofendí: sobre mí
solo descargad vuestra furia.
CONDE. (Yorick.) De ambos fue la maldad y el torpe dolo;
ambos me daréis cuenta de la injuria.
MANFREDO. (Edmundo.) ¿Ella también? ¿Capaz de asesinarla
vuestra mano será?
CONDE. (Yorick.) Pues di, insensato,

en pena a la traición porque la mato,
¿qué menos que matarla?
BEATRIZ. (Alicia.) Venga y dé fin la muerte a mi zozobra.
Si falta la virtud, la vida sobra.
Pero el honor mi sangre os restituya;
mi sangre nada más lave la afrenta.
CONDE. (Yorick.) ¿Con tal que él viva, morirás contenta?
Tu sangre correrá: también la suya.
¡Y la suya primero!
(Toma dos espadas de una panoplia.)
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Noche fatal!
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Qué horror!
CONDE. (Yorick.) Elige acero.
(Presentándole las espadas.)
MANFREDO. (Edmundo.) Sí, y en mi pecho clávese mi espada.
(Tomando precipitadamente una espada y volviendo la punta contra su
pecho.)
CONDE. (Yorick.) Y la mía en el pecho de tu amada.
(Yendo hacia su mujer como para herirla.)
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Oh!
(Corriendo a ponerse delante de Beatriz.)
CONDE. (Yorick.) Defiéndela al menos. Considera
que la amenaza mano vengativa.
BEATRIZ. (Alicia.) Deja, por compasión, deja que muera.
MANFREDO. (Edmundo.) Tú no puedes morir mientras yo viva.
(Con fuego, dejándose llevar de su amor.)
CONDE. (Yorick.) ¿Conque, ya a defenderla decidido
conmigo reñirás?
(Acercándose mucho a él y con hablar precipitado.)
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Sí!
CONDE. (Yorick.) ¿Como fuerte?
¿Quién eres y quién soy dando al olvido?
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Sí!
CONDE. (Yorick.) ¿Y en la lid procurarás mi muerte?
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Sí, por Dios!
CONDE. (Yorick.) ¡Ay, que el cielo me debía,
tras de tanto dolor, tanta alegría!
BEATRIZ. (Alicia.) Repara...
MANFREDO. (Edmundo.) ¡En nada!
(Rechazándola.)
BEATRIZ. (Alicia.) Advierte...
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Ese hombre es tu enemigo!
(Fuera de sí.)
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Dios eterno!
CONDE. (Yorick.) Soltemos, pues, la rienda a nuestra saña.
MANFREDO. (Edmundo.) El crimen pide crímenes. ¡Infierno,
digna es de ti la hazaña!

(Yorick y Edmundo riñen encarnizadamente.)
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Tened! (Sujetando a Edmundo.)
MANFREDO. (Edmundo.) Déjame.
BEATRIZ. (Alicia.) Tente.
CONDE. (Yorick.) Por culpa tuya perderá su brío.
BEATRIZ. (Alicia.) Oídmе vos entonces: sed clemente.
(Pasando al lado de Yorick y sujetándole.)
CONDE. (Yorick.) ¿Le ayudas contra mí?
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Destino impío!
(Separándose horrorizada del Conde.)
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Cielos!
(Sintiéndose herido, suelta la espada y cae al suelo desplomado.)
CONDE. (Yorick.) ¡Mira!
(A Alicia, señalando a Edmundo con la espada.)
BEATRIZ. (Alicia.) ¡Jesús!
MANFREDO. (Edmundo.) ¡Perdón, Dios mío!
(Expira. Alicia corre a donde está Edmundo; inclínase hacia él, y, después de tocarle, da un grito y se levanta despavorida.)

ALICIA. -¡Sangre!... ¡Edmundo!... ¡Sangre!... ¡Le ha matado!... ¡Favor!

YORICK. -¡Calla!

ALICIA. -¡Shakespeare!... ¡Shakespeare!... (A voz en grito corriendo por la escena.)
¡Le ha matado!... ¡Favor!... ¡Socorro!...

YORICK. -¡Calla! (Siguiéndola.)

SHAKESPEARE. -¿Qué has hecho? (Saliendo por la izquierda. Acércase a EDMUNDO, y le mira y le toca. El AUTOR, el TRASPUNTE y todos los actores y empleados del teatro, salen también por diversos lados; con expresión de asombro, van hacia donde está EDMUNDO; al verle, dan un grito de horror, y todos se apiñan en torno suyo, cuáles inclinándose, cuáles permaneciendo en pie.)

ALICIA. -Matadme ahora a mí.

YORICK. -¡Calla! (Sujetándola y poniéndole una mano en la boca.)

ALICIA. -¡Le amaba! (SHAKESPEARE sale de entre los que rodean a EDMUNDO, y se adelanta hacia el proscenio.)

YORICK. -¡Silencio!

ALICIA. -¡Edmundo! ¡Edmundo! (Con brusca sacudida logra desasirse de YORICK; corre luego hacia EDMUNDO, y cae junto a él. YORICK la sigue, y estos tres personajes quedan ocultos a la vista del público por los que rodean el cadáver.)

SHAKESPEARE. -¡Señores, ya lo veis! (Dirigiéndose al público y hablando como falto de aliento y muy conmovido.) No puede terminarse el drama que se estaba representando. Yorick, ofuscada su razón por el entusiasmo, ha herido realmente al actor que hacía el papel de Manfredo. Ni es ésta la única desgracia que el cielo nos envía. También ha dejado de existir el famoso cómico Walton. Acaban de encontrarle en la calle con el pecho atravesado de una estocada. Tenía en la diestra un acero. Su enemigo ha debido matarle riñendo cara a cara con él. Rogad por los muertos. ¡Ay, rogad también por los matadores!

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo